

Índice Ecos mayo-junio 2020

VIDA ESPIRITUAL

- 130 Carta del 9 de mayo de 2020
Sor Françoise Petit, Superiora general
- 135 Carta del 1 de julio de 2020
Sor Françoise Petit, Superiora general

SESIÓN DE HERMANAS DE 25-40 AÑOS DE VOCACIÓN

- 140 Luisa de Marillac
Un modelo y un espejo en que mirarse a menudo
Su proceso de crecimiento personal
Sor Carmen Urrizburu, Hija de la Caridad
- 169 La vida fraterna
Un testimonio atrayente y luminoso
Sor Antoinette-Marie Hance, Hija de la Caridad

ACTUALIDADES DE LAS PROVINCIAS

- Testimonio de las Hermanas
- 191 Provincia de Amazonia
En Amazonia, ayudar a los pobres durante la pandemia de 2020
Sor Anagilsa Sampaio Bentes, Hija de la Caridad

Carta del 9 de mayo de 2020

Queridas Hermanas,

¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotras!

Hace siete semanas que Sor Kathleen regresó junto al Señor, a quien ella tanto amó y sirvió. Desde entonces, muchas de ustedes han enviado mensajes o cartas. Quiero darles las gracias por estos signos de agradecimiento y de afecto fraterno hacia Sor Kathleen, así como por el apoyo de su oración por los miembros del Consejo general y por mí misma. Hemos sido muy sensibles a todo ello y hemos sentido lo cerca que estábamos unas de otras. ¡Gracias de todo corazón!

En nuestro Consejo del 29 de abril, después de haber estudiado el resultado de la consulta, y de haber orado, reflexionado y dialogado, hemos nombrado a **Sor Luisa FARRI**, Consejera general hasta la Asamblea general de 2021. Sor Luisa pertenece a la Cuasi-Provincia; es Hermana Sirviente de la Comunidad de la Casa Maria Immacolata en Roma y fue, anteriormente, Visitadora de una Provincia de Italia. Ha aceptado esta responsabilidad con una gran disponibilidad y generosidad a pesar del desprendimiento que se le pide. Ella tendrá particularmente la responsabilidad de la Cuasi-Provincia, de las Provincias de Graz-Europa Central, Colonia-Países Bajos, Bélgica-Francia-Suiza, de Oriente Próximo, de San Vincenzo-Italia y de Cerdeña. Participará en la preparación de la Asamblea general y podrá acompañar de manera especial el proceso de reagrupación de las dos Provincias de Italia. Por favor encomiéndenla en su oración.

Desde hace varias semanas, el mundo está desconcertado frente a una pandemia que nadie pensaba vivir jamás. Nunca la globalización había aparecido de una manera tan concreta y tan violenta. La humanidad se creía todopoderosa, tanto a nivel de los conocimientos como a nivel de los medios de acción, y, sin embargo, su fragilidad se manifiesta de forma evidente.

Es necesario pensar a la vez en el hoy y, al mismo tiempo, en el futuro que está por reconstruir en un ambiente lleno de interrogantes, de dudas, de miedos, en el que pasamos de incertidumbre en incertidumbre.

Y nosotras, Hijas de la Caridad, estamos en esta tormenta y debemos afrontar este doble desafío: el de la necesidad de protegernos porque «*Lo que le recomiendo con más insistencia e interés es que utilice todas las precauciones razonables para conservarse bien*» (1 de diciembre de 1656 - SVP VI, 132) y el de responder a la llamada a servir a aquellas y aquellos que más sufren por esta pandemia: «*¡Cómo! ¡ser cristiano y ver afligido a un hermano, sin llorar con él ni sentirse enfermo con él! Eso es no tener caridad; es ser cristiano en pintura; es carecer de humanidad*» (30 de mayo de 1659 – SVP XI/4, 561).

Actualmente, todas las Provincias están afectadas. Oramos especialmente por las de España y la de San Vincenzo-Italia que son las que más sufren a nivel de la salud de las Hermanas, con bastantes fallecimientos.

Por otro lado, sabemos que un gran número de Hermanas han dado positivo en el test en todas las Provincias. Desgraciadamente, algunas están todavía hospitalizadas, principalmente en Polonia en la Provincia de Chelmno-Poznan, y tenemos conocimiento de algunos fallecimientos relacionados directamente o no con el Covid-19 que a veces ha agravado estados de salud ya frágiles y preocupantes.

Varias Hermanas están retenidas fuera de su Provincia, debido al confinamiento decretado repentinamente. En la Casa Madre, cinco Hermanas de América Latina y una Hermana del Congo no han podido regresar después de la sesión de marzo. En otros lugares, son misioneras que estaban en la visita a la familia o Hermanas en formación en otros países diferentes del suyo y que están también obligadas a esperar el final del confinamiento. Las Hermanas del Seminario interprovincial de América Latina que efectuaban sus prácticas apostólicas en varios países no han podido volver al Seminario.

La incertidumbre reside también en la celebración de las Asambleas provinciales. Actualmente, los Consejos provinciales trabajan para adaptar a su realidad las fechas, los lugares, las modalidades. Se trata de organizarse de manera diferente a la que estamos acostumbradas, manteniendo la calidad de estas Asambleas tan importantes para el futuro de la Compañía. Con flexibilidad y reflexión, es posible, y nosotras confiamos en cada Provincia y en cada Hermana, para responsabilizarse en este sentido. La prioridad es conservar lo esencial: apoyadas en el Señor, concentrémonos en lo que nos hace ser cada vez mejores Hijas de la Caridad y reforcemos la comunión en las Provincias y en toda la Compañía. Los cuatro desafíos importantes que se nos han propuesto están más que nunca de actualidad, pero evidentemente serán considerados a la luz de lo que el mundo vive hoy y se prepara para vivir mañana.

«Ephata...» Atrevámonos a abrirnos al pensamiento las unas de las otras, a las nuevas realidades del mundo, seguras de que el Espíritu nos guía en este periodo difícil. El contexto de crisis pone al descubierto las desigualdades, las pobrezas crecientes y va a obligarnos a

repensar, quizás de otra manera, los servicios, las prioridades misioneras y por supuesto nuestra manera de vivir.

*«Prosigamos con confianza nuestros compromisos
en los caminos ya conocidos y emprendamos con entusiasmo
y generosidad, nuevas rutas» (DIA, página 15).*

Las Visitadoras y las Comunidades dan testimonios de las consecuencias inmediatas para las personas en situación de gran precariedad, pero también para las clases medias, con un recrudecimiento del paro. El hambre, con un real riesgo de hambruna, comienza a surgir en todos los continentes. La angustia y la violencia se agravan en las personas más frágiles y en las familias con más dificultades. Los migrantes y los sin papeles ven que su situación se hace cada vez más inhumana...

Por todas partes, en la urgencia, las Hijas de la Caridad se organizan y participan con otros en distribuciones alimentarias, en entregas de paquetes, en visitas o llamadas telefónicas para sostener a aquellos y aquellas que ya no pueden salir o que están relegados en las periferias de las periferias. En el ámbito de la sanidad, las Hermanas continúan su servicio y a menudo reemplazan al personal ausente, o también van al encuentro de las personas de la calle, en especial de los niños.

Santa Luisa, en un periodo de epidemia recomendaba a las Hermanas: *«Le ruego que no vaya a ver a los enfermos sin haberse antes frotado la nariz con vinagre con el que también debe mojarse las sienes»* (13 de mayo de 1659 – Correspondencia y escritos p. 618). ¡Hoy en día, ella diría sin duda que utilizasen bien el gel hidroalcohólico!

Nacen iniciativas con los jóvenes de los establecimientos escolares, actualmente cerrados, para fabricar mascarillas, preparar comidas para las personas sin hogar. Las Hermanas participan también en la enseñanza a distancia, ya sea con equipos educativos o en el marco de asociaciones.

Más que normalmente, se utiliza la Medalla, para sostener la oración y la confianza. Es acogida como un signo de la presencia y del amor de Dios. En la Casa Madre, las Hermanas reciben muchas peticiones y envían medallas a todas las partes del mundo. Las Provincias dan también testimonio de ello. Intensifiquemos nuestra oración a María y atrevámonos a proponerla.

Tantos caminos ya conocidos pero que han vuelto a ser prioritarios. En lo que se refiere a rutas nuevas, ahora tenemos la exigencia de emprenderlas y, de una cierta manera, las Asambleas van a celebrarse en el buen momento, aunque todo sea más complicado.

¿Y si estas Asambleas, cualquiera que sea la manera en la que se van a vivir, se convirtieran en una oportunidad para tomar decisiones sencillas, de sentido común, sin miedo, con entusiasmo? El futuro nos dirá si nosotras hemos sabido, como siempre ha hecho la Compañía, vivir juntas estos caminos para encontrarnos cada vez más con nuestros hermanos y hermanas más pobres.

Algunos acontecimientos de la Compañía para orar con esperanza y confianza...

En Vietnam, en la noche del 26 de abril, la casa de la Comunidad de Anê Thành – Tà Ghênh se ha quemado completamente. Las cuatro Hermanas han podido escaparse, casi milagrosamente, dos de ellas saltando desde el primer piso. La Provincia desea volver a comenzar rápidamente esta misión, abierta a finales de 2018, porque está situada en un medio rural, aislado y pobre. Les prometemos a las Hermanas nuestra oración.

En Huaquillas, en la frontera entre Ecuador y Perú, se ha abierto una Comunidad internacional el 14 de marzo de 2020, con tres Hermanas de diferentes Provincias de América Latina, para atender a los centenares de inmigrantes de Venezuela que permanecen en este lugar. A causa de la epidemia, ellos han tenido que partir, las Hermanas también. El proyecto es volver a abrir en cuanto sea posible.

En varias Provincias de África, en febrero y marzo, las Hermanas han tenido la alegría de acoger a postulantes en el Seminario: 8 en el Congo, 8 en Madagascar, 7 en África Central/Camerún y 6 en Mozambique.

El mundo, la Compañía, ya han vivido momentos de crisis. Santa Luisa, de quien celebramos el centenario de la beatificación (9 de mayo de 1920), puede inspirarnos. Releamos lo que ella escribía a Juana Lepintre, Hermana Sirviente de Nantes, durante la gran prueba de la Fronda: *«En estos tiempos de aflicción... todas nuestras Hermanas... han podido continuar al servicio de los Pobres enfermos y también de los que no tenían pan, pues no pueden ustedes hacerse idea de la cantidad de limosnas que se han distribuido en París. Creo que es esto lo que nos ha atraído la misericordia de Dios sobre nosotros para darnos la paz»* (6 de abril de 1649 – Correspondencia y escritos p. 278).

Termino deseándoles una muy feliz fiesta de santa Luisa. Que ella nos acompañe por estos senderos desconocidos. Ella nos incita a no desanimarnos y a avanzar sin temor a la escucha de lo que el Señor nos inspire. Guardemos la alegría de servir, la alegría de amar y la alegría de orar.

«Mis queridas Hermanas, sigo pidiendo para ustedes a Dios su bendición y le ruego les conceda la gracia de perseverar en su vocación para que puedan servirle en la forma que Él pide de ustedes» (Testamento espiritual, Correspondencia y escritos p. 835).

Cuenten con mi oración y la de los miembros del Consejo general.

Sor Françoise PETIT

Hija de la Caridad

Carta del 1 de julio de 2020

Queridas Hermanas,

¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotras!

Hace dos meses, les daba algunas informaciones de las Provincias, principalmente con respecto a la pandemia de Covid-19. Desde entonces, muchas Hermanas han pedido noticias más recientes. Por lo tanto, me parece bueno compartirlas con ustedes, sabiendo que el mundo está muy lejos de haber terminado con el virus y que las situaciones son muy cambiantes.

¿Qué ha ocurrido en la Compañía en estas últimas semanas? Las Consejeras generales han preguntado a las Provincias y he aquí unas pinceladas de lo que se vive actualmente.

En Asia

De una manera general, las Hermanas gozan de buena salud.

En India, el contagio y los fallecimientos relacionados con el Covid continúan progresando. Los millones de desplazados en las ciudades están en el paro, regresan a su pueblo y llevan el virus. Las iglesias, otros lugares de culto, las escuelas... siguen estando cerrados. Las Hijas de la Caridad participan en la distribución de alimentos para las personas sin hogar, en colaboración con asociaciones. Las personas en gran precariedad que ellas acogen en los centros están bien cuidadas. Nuestros hospitales se ocupan de las personas en cuarentena, así como de los casos positivos a medida que llegan. Nuestras Hermanas y otras enfermeras están muy presentes y hacen un excelente trabajo en el hospital.

Camboya y Laos tienen pocos casos y estos dos países han abierto sus fronteras de manera selectiva, con exigencias y visados estrictos.

En Filipinas, la Iglesia está particularmente activa para luchar contra las consecuencias de la pandemia. Las Hermanas mantienen sus servicios, ya sea en los hospitales, las escuelas, los centros sociales y sostienen financieramente acciones en el plano alimentario y de seguridad sanitaria. Los desplazamientos de las Hermanas hacia sus nuevas misiones han sido retrasados debido a restricciones de viaje en el interior y entre los países. Igualmente, las Hermanas del Seminario y las postulantes que estaban en las comunidades locales para las prácticas apostólicas no han podido regresar y el Consejo provincial ha decidido diferir la entrada en el Seminario y el envío en misión.

En Vietnam, desde primeros del mes de mayo de 2020, no se han dado nuevos casos de contagio. La gente ha vuelto al trabajo, los servicios están abiertos de nuevo y los alumnos están de vuelta a la escuela. Nuestras Hermanas sirven regularmente a los pobres y ninguna se ha infectado.

En Europa

En los países en los que la Compañía está presente, los beneficios del confinamiento y de las atenciones médicas han permitido que la epidemia, aún no desaparecida completamente, haya disminuido considerablemente.

Las Hermanas que habían sido hospitalizadas, principalmente en Polonia, han podido salir adelante, débiles pero curadas. Las Hermanas que pueden continúan participando en acciones de ayuda sobre todo a las personas sin domicilio y a los ancianos solos.

En todas las Provincias de España, la situación mejora relativamente, pero el periodo ha sido muy doloroso. Las Comunidades lo han afrontado con valentía y las Hermanas participan en la distribución de alimentos. Los periodistas ya hablan de las «colas del hambre».

Italia, que también ha sido fuertemente afectada, ve la situación evolucionar positivamente. Algunas Hermanas están aún un poco enfermas y a algunas otras les cuesta recuperarse de su enfermedad. Las Hermanas tratan de movilizarse con otros porque la pobreza se desborda.

En Francia, el número de personas sin hogar que viven en la calle y que han fallecido se ha duplicado con respecto al año pasado en la misma época. Algunas Hermanas, que habitualmente ya trabajan con ellos, se han implicado de nuevo en diferentes asociaciones.

En Portugal, la pandemia está bastante bien controlada. En una parroquia, las Hermanas distribuyen ayudas alimentarias. Por la noche, durante el confinamiento, surcaban las calles de las ciudades en automóvil con altavoces para rezar el rosario. Las personas abrían sus ventanas o salían a su balcón para rezar en comunión con las víctimas de la pandemia.

En Estados Unidos

Después de un confinamiento de tres meses, se han abierto las puertas con las manifestaciones y concentraciones del movimiento «Black Lives Matter» que finalmente han

sido pacíficas. La mayoría de las personas llevaban mascarillas porque la situación sigue siendo preocupante a nivel del Covid.

Una Hermana ha fallecido a causa de este virus. Progresivamente, las Hermanas vuelven a sus servicios. Durante todo el tiempo que ha durado el confinamiento, ellas han utilizado los medios de comunicación existentes (teléfono, web, zoom) para permanecer en contacto con las personas y entre las Comunidades.

En América Latina y en el Caribe

La situación está todavía en fase de empeoramiento en prácticamente todos los países.

Algunas Hermanas han fallecido a consecuencia del virus. Todas conocen a sacerdotes o a miembros de otras Congregaciones, igualmente víctimas del virus, principalmente sacerdotes jóvenes. Las Hermanas participan en la distribución de alimentos, en especial para las personas sin hogar y los migrantes. Las fronteras son los lugares más afectados con miles de familias bloqueadas, sin recursos, sin higiene y sin medios de protección. Las Hermanas facilitan también mascarillas y material de higiene. Se organiza la prevención entre las personas más vulnerables.

Las tres Hermanas de la misión de Huaquillas (en la frontera entre Ecuador y Perú), de la que les hablé en el correo del 9 de mayo, han podido regresar a esta misión. Ellas constatan que lo más urgente es procurar alimentación, agua y al menos una mascarilla por persona. Son refugiados venezolanos que ya no tienen derecho a volver a su país y que tampoco tienen estatuto legal en esta frontera. ¿Qué futuro? ¿Qué participación de la Compañía?

En Brasil, varias Hermanas han fallecido o han estado hospitalizadas. Sin embargo, las Hijas de la Caridad son conscientes de que no pueden permanecer inmóviles frente a las dificultades que encuentran las personas más pobres. Cada Provincia trata de movilizarse frente al hambre, a los fallecimientos, al paro...

Algunos ejemplos: La reapertura de una casa de acogida para personas de la calle con los medios necesarios para lavarse y comer. Las Hermanas a veces han acogido hasta 200 personas en una jornada. Una Provincia ha tomado la iniciativa de llevar a cabo, con la Familia vicenciana y otras asociaciones, acciones de ayuda, principalmente ayuda alimentaria, para las familias de migrantes.

En África

El número de casos de Covid aumenta progresivamente con diferencias según los países, pero por todas partes, aparece con fuerza la cuestión del hambre y de la delincuencia. Es difícil encontrar alimentos y las personas no pueden circular. Las escuelas están cerradas.

En Madagascar, las urgencias sanitarias son muchas y se observa que hay un recrudecimiento de la malaria. La situación social se agrava.

En Mozambique, las Hermanas continúan su misión. Hasta el presente, aunque están trabajando en los hospitales, ninguna se ha visto afectada por el virus. Las medidas preventivas fijadas por el gobierno no son respetadas, por lo tanto, el número de casos tiene

tendencia a aumentar. Las Hermanas han encontrado a personas mayores y aisladas sin alimentos y sin agua, a las que han invitado a ir a los hogares de acogida.

En el Congo, el nivel de la epidemia del Covid es bastante débil. En cambio, la del ébola ha vuelto y es mucho más peligrosa. En torno a Mbandaka, donde se encuentra la Casa provincial, hay muchos contagios. Por supuesto, las Hermanas están muy inquietas y deben hacer frente a la falta de abastecimiento en carburante, en material de protección... Una parte de la ciudad de Kinshasa está confinada.

En Nigeria, las Hermanas prosiguen sus acciones. Ellas han transmitido informaciones en la página web de la Compañía. Las invito a acceder a ella. Es muy interesante.

En Kenia, la mayoría de los casos de infecciones se localizan en Nairobi y en la frontera entre Kenia y Uganda. El número aumenta. El uso de los transportes se ha vuelto muy difícil. La Comunidad de Kii está totalmente aislada. Sin embargo, el programa Dream puede continuar y en Chanzo, prosigue el programa contra el hambre.

Termino con la Casa Madre. Todas las Hermanas gozan de buena salud. El 2 de junio, la Capilla reabrió sus puertas, con todas las medidas de precaución necesarias, y el 23 de junio se reanudaron las celebraciones eucarísticas para los peregrinos.

No todas las Provincias son mencionadas en esta carta, pero piensen que todas están afectadas y hacen frente con valentía a las situaciones de urgencia interrogándose sobre el futuro, sobre la presencia y la acción de las comunidades después de estos meses de conmoción.

¿Es pronto para atrevernos a decir que este tiempo será quizás el de «ir más allá» en las revisiones de los diferentes servicios? ¿Qué nos susurran al oído san Vicente y santa Luisa?

Todos estos acontecimientos refuerzan nuestra comunión y nos empujan a intensificar nuestra oración de las unas por las otras. Que la Compañía, en todos los lugares donde está presente, sepa mantener lo esencial de aquello por lo que nació: «*¡Por la caridad, por Dios, por los pobres!*» (San Vicente, 24 de noviembre de 1658 – SVP VII, 326).

Aprovecho este correo para compartir con ustedes algunas noticias relativas a las Asambleas provinciales. A día de hoy, cuatro Provincias las han terminado. Ellas han podido celebrarlas como estaba previsto y en un único lugar. Por el contrario, la gran mayoría de las Provincias han tenido que aplazar su Asamblea y organizarla a veces en varios lugares. Cerca de la mitad de las Provincias las han programado en julio y agosto. Las demás las han desplazado a septiembre, octubre, noviembre, y una Provincia terminará en la hermosa fecha del 8 de diciembre. ¡Entonces podremos dar gracias por toda esta reflexión realizada con creatividad, pasión y en la confianza! Gracias a los Consejos provinciales que hacen todo lo que les es posible y a todas ustedes que están disponibles para vivir estos tiempos de Asambleas de otra manera. Estemos seguras de que el Señor lo ve y de que Él envía su Espíritu sobre cada una.

¡Escuchemos la palabra de los pobres, dejémonos desplazar y acojamos, como lo hacemos desde hace más de tres meses, lo imprevisto! ¡Lo imprevisto de los acontecimientos, lo imprevisto de Dios...!

¿Han tenido la ocasión de leer el mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de los Pobres 2020: «*Tiende tu mano al pobre*» (Si 7,32)? Este texto está tan en consonancia con el tema de nuestras Asambleas, especialmente con la mano tendida del logo, que todavía se nos anima más *a franquear la puerta y a ir hacia... para encontrarse.*

«*Que la oración transforme la mano tendida en un abrazo de comunión y de renovada fraternidad*» (Papa Francisco, 13 de junio de 2020), sí, porque... «*Dios... pide primero el corazón y después la obra*» (San Vicente, 18 de octubre de 1655 - SVP IX/2, 755).

Con la seguridad de mi oración y de mi afecto fraterno.

Sor Françoise PETIT

Hija de la Caridad

SESIÓN DE HERMANAS DE 25 A 40 AÑOS DE VOCACIÓN

Sesión de Hermanas de 25 a 40 años de vocación

Luisa de Marillac,

«*un modelo y un espejo en que
mirarse a menudo*»

Su proceso de crecimiento personal

INTRODUCCIÓN

¡Vivir! Creo que se trata de eso, de ¡vivir! Y de saborear el gusto de la dicha inmensa, o como se suele decir, de la felicidad, o también, de la vida plena. La historia de las culturas está atravesada por ese deseo permanente en las personas de todos los tiempos. Es la *sed de vivir* que nos mueve a ponernos en camino hacia la fuente de la vida. Es esa latente inquietud, en momentos suave, otras veces intensa, que acecha el corazón y que dinamiza la búsqueda ensayando caminos hasta encontrar el hogar del que nos hemos alejado, el remanso acogedor, el abrazo transformante. La percibimos todas las personas; puede estar escondida o a flor de piel. Nunca nos abandona. Actúa como una llamada a ir más allá, a cruzar fronteras y superar límites; a trascender.

¡Existir! También creo que se trata de eso, de ser consciente de la propia existencia en el más pleno sentido que nos ofrece la etimología de esa palabra y que evoca realidades como salir, surgir, llegar a ser, nacer, aparecer, emerger, florecer, ser. *Ex* indica dirección hacia afuera; *sistere*, tomar posición, estar fijo, afianzar. ¡Existir! Esa percepción sutil que alcanzan algunas personas de estar conectadas, ancladas, enraizadas en el seno de la vida, y que sienten el impulso a salir, renacer, manifestarse, irradiar, crecer... Como advertir gozosamente en su interior la energía de “*un manantial que salta, dando vida definitiva*”.¹ Y saborear esta experiencia tan plenamente humana y que es efecto de un toque divino.

A lo largo del día de hoy vamos a conectar este anhelo y esa sed con el dinamismo del crecer y con la tarea de la formación personal. El dinamismo del crecer responde a la urgencia de *llegar a ser* que posee ese núcleo de vida que somos, la *imagen de Dios* sembrada en nuestro ser. La tarea de la formación apoya, refuerza y potencia el crecimiento y el desarrollo de lo que somos. La Compañía la considera como el intento de ayudar a “*vivir la vocación como una configuración progresiva con Cristo*”². Él, la “*la imagen de Dios invisible*”³.

Luisa de Marillac experimentó esa sed, se puso en camino y acertó a encontrar el manantial primero. La llamada de la vida, de la alegría y del amor resonó en su ser con intensidad. No se acomodó a un vivir de pequeño horizonte, a una alegría de baja intensidad, a un amor de menguada

irradiación. Se dejó afectar por ella y gustó la plenitud. Y si hoy la traemos al presente es porque todavía resuenan en la Compañía rumores cargados de persuasión como la dulce y convencida voz de aquella Hermana anónima que decía a sus compañeras: *“La vida de la señorita Le Gras es un espejo en el que no hemos de hacer sino mirarnos a menudo”*⁴. Y la voz cascada, entrecortada y emocionada del anciano Vicente de Paúl que decía días más tarde a las Hermanas reunidas: *“Nos queda todavía hacer de ella un modelo; y para eso, es preciso que la conozcamos”*⁵.

1 - EL COMIENZO DE UN CAMINO HACIA LA PLENITUD

Nos acercaremos a Luisa de Marillac desde momentos antes de que surgieran los primeros latidos de su corazón. Y la acompañaremos, mientras descubrimos en ella las bases sobre las que se asentó su crecimiento integral como persona. Hoy conocemos la importancia que tiene, en esa evolución, la experiencia de su concepción y su nacimiento porque sabemos que encierra claves que permiten entender, interpretar, potenciar y modificar comportamientos, procesos emocionales, actitudes y reacciones futuras.

1.1 - UN ORIGEN ENTRE BRUMAS

Existe un misterio en el origen de la vida humana. Los pensadores que forjaron nuestra tradición cristiana lo formularon así: *“Y creó Dios a los hombres a su imagen; a imagen de Dios los creó”*⁶. *“El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente”*⁷. Dios crea directamente la vida humana mientras hombre y mujer concurren en su fecundación. Dios crea al ser humano *“a su imagen”*, por amor, y aunque éste es frágil, limitado y se siente *acechado por la tentación*, goza de su *permanente y amorosa presencia y protección*. Esa realidad que llamamos vida humana, *imagen de Dios*, encierra un *proyecto con vocación de llegar a ser*⁸. Luisa de Marillac, la mujer adulta, vivenció esta convicción.

Nació el 12 de agosto de 1591⁹ en el seno de una familia perteneciente a la nobleza, los Marillac. Un miembro de esa familia, Luis de Marillac, mostró gran interés por defender que él era su padre biológico y, al estilo de aquel medio social y de aquella época, ejerció como tal; se ocupó de ella, le procuró buena crianza y una educación cuidada. La llamó hija y ella, durante toda su vida, lo recordó y honró como padre. En su testamento aseguró que ella *“había sido su mayor consuelo en este mundo, y que creía que Dios se la había dado para que fuera el reposo de su espíritu en las aflicciones de la vida”*¹⁰. Sin embargo, investigaciones recientes, aportan indicios de que era impotente y dejan patente la duda de que Luisa fuera hija suya. Cuando la niña nació era viudo y permaneció en viudedad hasta que contrajo matrimonio por segunda vez con Antonieta Le Camus¹¹. Esta mujer, en el fragor de un estilo de vida un tanto escandaloso, dio a luz el 28 de diciembre de 1601 a una niña, Inocencia, a quien Luis dio su apellido y dejó toda su herencia al morir.¹²

Tampoco sabemos quién fue su madre. Aunque el primer biógrafo la llamó Margarita Le Camus, sin dar más datos de su identidad, hay serias dudas acerca de que esta mujer haya existido. Se sospecha que la mujer que la llevó en su seno fuera una criada, o una mujer desconocida, relacionada de alguna manera con algún vástago de la familia Marillac. El silencio en torno a ella es abrumador. Hasta el punto de que Luisa de Marillac nunca, en el transcurso de su larga vida, expresó un recuerdo hacia ella, la mujer que la dio a luz. Y es muy probable que nunca la conociera.

Durante el tiempo en que Luisa estuvo en el seno de su desconocida madre, Francia estaba en guerra y la ciudad de París sitiada desde julio de 1590 hasta el mes de noviembre de 1591. El silencio que rodea su concepción y nacimiento no nos permite conocer el detalle de lo sucedido y tampoco suponer cómo afectó a la madre, durante su embarazo, y a la recién nacida esa enigmática

situación. Podemos pensar que el mundo afectivo de la que fue su madre se sintió forzosamente acechado por unas realidades que le afectaron negativamente. El miedo, la inseguridad, el desprecio quizá, y el hambre estuvieron presentes en aquel escenario durante todo el tiempo de la gestación y en los primeros días de su nacimiento. Las escaramuzas, los asaltos, los ataques eran permanentes en todo el territorio francés, pero especialmente en la capital y sus alrededores.

Niña recién nacida, dependía para todo del exterior. La desaparición rápida de su madre biológica la privó de todo calor maternal. A la luz de la psicología actual, suponemos que su seguridad afectiva se vio afectada y se hizo demasiado débil y frágil. Necesitaba contacto, caricias, atención, sonrisas, seguridad y protección, pero también escucha. Todo esto marcó la personalidad de la niña, pero no la determinó. Las oportunidades que se abrieron ante ella le fueron de gran ayuda permitiéndole fraguar los cimientos de su futuro carácter y personalidad, porque su padre, *«viéndose solo a su cargo, puso un cuidado particular en su educación. La puso a pensión en el monasterio de las religiosas de Poissy, donde él tenía algunas parientes, para darle en esta casa los principios de la piedad cristiana»*¹³.

1.2 - EN EL SENO DE LA FAMILIA MARILLAC

Niña, adolescente, joven y adulta, Luisa era considerada socialmente una Marillac. Ella misma se consideró, durante toda su vida, perteneciente a ese linaje del que recibió como semilla una serie de cualidades y capacidades; y también carencias y debilidades. Cuando ella nació, las personas más significativas del clan eran su padre, Luis, señor de Ferrières en Brie y de Farainvilliers; Miguel, que llegó a ser Canciller y Guardasellos; Luis, conde de Beaumont, futuro Mariscal, casado con Catalina de Médicis, tía de la reina, y Valence, casada con Octavio Doni d'Attichy. Parece que de la sangre de los Marillac heredó una inteligencia brillante, una elegancia discreta y sencilla, un gran sentido del honor, notable capacidad de liderazgo, fidelidad y obediencia a la autoridad, responsabilidad en el trabajo, facilidad para las relaciones sociales, perseverancia en conseguir sus objetivos, incluso aquella salud que le permitió llegar a los 69 años, una edad muy avanzada para aquella época. Eran personas influyentes y de reconocido prestigio en la sociedad parisina. Estaban presentes en primera línea de la política, de la cultura y de la reforma de la vida cristiana en la capital.

1.3 - LA EXPERIENCIA DE CRECIMIENTO EN EL REAL MONASTERIO DE POISSY

Luisa fue enviada al Real Monasterio San Luis de Poissy. Tuvo nodriza que la amamantó, le enseñó a andar, a expresarse. Entró en relación con personas atentas y sonrientes. Jean Calvet cree que *“los años pasados en el convento de Poissy fueron de dicha completa”*¹⁴. Todo nos hace suponer que recibió una sana alimentación y una buena higiene. Y que fue creciendo con normalidad y vigor. Allí también, comenzó a desarrollarse su mente. Junto a sus compañeras, respiró sabiduría, arte, cultura clásica, liturgia y belleza. Dentro del plan de estudios que ofrecía el monasterio, se inició en la filosofía, comenzó a desarrollar el gusto por la pintura y por la música, aprendió latín y quizá griego, trabajó su destreza manual haciendo labores, y participó en ceremonias litúrgicas solemnísimas. Su inteligencia se hizo penetrante, precisa y discursiva a través del estudio de las lenguas clásicas y de la filosofía; su carácter se afianzó aprendiendo a dominar sus pasiones y a minimizar sus defectos; su voluntad se orientó hacia la verdad, la belleza y el bien. Y allí, también, despertó su espíritu, porque pudo descubrir el sentido de lo trascendente. Sor Charpy nos dice que recibió *“una formación religiosa profunda; aprendió a conocer a Jesucristo, a amarle, a comunicarse con él en la oración y a servirle en los pobres”*¹⁵. El convento poseía una rica decoración que potenciaba el aprendizaje. Frescos, vidrieras, estatuas, libros y manuscritos mostraban motivos de la historia sagrada, de la historia de Francia, y de las vidas de

santos, especialmente del rey san Luis. Lo presentaban llevando socorros a los pobres, vistiéndolos, alimentándolos, lavándoles los pies y besando sus llagas. Por ello Dominique Poissenet pone especial interés en mostrar que en Poissy Luisa aprendió la caridad¹⁶. Cuando su padre la visitaba, disfrutaba hablando con ella de sus estudios, en especial de temas filosóficos, de cómo se iba iniciando en la fe, y mirando con atención sus dibujos y pinturas o sus labores¹⁷.

Así, podemos admitir que aquel Real Monasterio de Poissy contribuyó a compensar eficazmente posibles carencias generadas en sus primeros momentos de vida; que influyó muy positivamente en su naciente personalidad; y la dotó de un rico bagaje cultural y religioso.

2 - UNA FORMACIÓN QUE LE AYUDÓ A VIVIR CRECIENDO

El dinamismo del crecer posee en sí mismo la capacidad de contribuir a un desarrollo armónico e integral de la persona. Pero se puede ver potenciado o debilitado por el mundo exterior con sus estímulos y las dificultades que le opondrá; por el cultivo o el descuido de las capacidades personales, por el tipo de opciones que se toman, por el modo de afrontar el trabajo sobre sí mismo, por la actitud positiva y la escucha del deseo de vivir y ser feliz. La persona entera va emergiendo al ritmo de su evolución integral, física, psíquica y espiritual. La formación que acompaña a esa evolución es decisiva en el proceso.

2.1 - EN CASA DE UNA SEÑORITA DEVOTA

Poco antes de cumplir los 13 años, Luisa de Marillac se vio obligada a dejar el Real Monasterio y trasladarse a París. Jean Calvet afirma que en este momento *“en ella se abrió una herida difícil de cicatrizar”*¹⁸. Quizá fue su padre quien decidió el cambio para que aprendiera a hacer *“cosas convenientes a su condición”*¹⁹, *“costura, cocina y arreglo del hogar”*²⁰. Se trataría de completar su formación preparándola para la vida. Pero parece que el cambio tenía una motivación económica, ya que la pensión que se pagaba en el Monasterio era demasiado alta y llegó un momento en que no podía pagarla por los muchos gastos que afrontaba. Benito Martínez piensa que *“seguramente, abandonó Poissy en julio de 1604, cuando muerto su padre, nadie se responsabilizó de pagar la alta pensión en aquel monasterio para niñas nobles”*²¹. En general, el cambio de residencia ha sido considerado como un descenso en la escala social, como una evidencia de cierta actitud de rechazo y exclusión por parte de la familia Marillac. De hecho, no conocemos a ningún Marillac que se hiciera cargo de ella o a quien se le haya encomendado algún tipo de tutela.

La casa a la que fue a vivir estaba regentada por una señora soltera, buena y piadosa que deseaba hacer el bien completando la educación de las jóvenes de estamentos inferiores a la nobleza. Luisa, cuando era ya mayor, la describió como una *“bonne fille dévote”*²². Y Gobillon dice de ella que era una *“maitresse habile et vertueuse”*²³. Pretendía crear en su casa un ambiente acogedor y familiar.

Los biógrafos proyectan en la adolescente Luisa, durante su estancia en esta casa, una situación emocional compleja. Benito Martínez asegura que *“la soledad le presentó, ya desde la adolescencia, con toda naturalidad, que era ilegítima y que no tenía a nadie”*²⁴. Jean Calvet afirma que se afianzó en ella *“la vocación al sufrimiento”*²⁵. Era huérfana, estaba sola, y quizá resultaba incómoda. Tuvo que tener conciencia clara de que su familia la abandonaba; de que no había sitio para ella, ni en la casa de su padre ni en la de otros parientes; y que como persona carecía de valor; había que invertir en ella lo mínimo indispensable. Tuvo que hacer una dura ruptura con su mundo

anterior, decir adiós a personas queridas, a un estilo de vida cuidado y ordenado, a la atmósfera en la que estaba inmersa con sus valores, sus objetivos, sus normas de comportamiento, su manera de establecer las relaciones, e incluso su etiqueta.

A pesar de todo, Luisa se integró pronto y se adaptó al nuevo modo de vida y de trabajo. La adolescencia fue el tiempo de ir forjando su identidad, de buscar sus espacios de intimidad, de estrechar nuevas relaciones con sus compañeras. Pero lo más importante; fue tiempo rico en experiencias vividas desde cierta profundidad. En esta situación dura y difícil, logró enriquecer notablemente su personalidad. *“Se hizo fuerte, decidida y aguda para los negocios”*²⁶.

Dice Gobillon que *“su espíritu tenía capacidad para toda suerte de conocimientos”*. Y en casa de aquella señorita devota cultivó la inteligencia teórica a través de la lectura, el aprendizaje de conceptos y el comentario de los mismos y consiguió una cultura general muy notable para una mujer de su tiempo; cultivó también la inteligencia práctica aprendiendo y colaborando con sus compañeras en los trabajos de organización, limpieza, arreglo y administración de la casa. Bárbara Bailly cuenta que le había escuchado decir que ella *“hacía los trabajos humildes de la casa como cortar leña, y otras cosas pesadas”*²⁷. Y continuó desarrollando la destreza manual, a través de labores, costura, dibujo y pintura. Aprendía disfrutando. Se dice que dedicaba tiempo a la pintura porque tenía *“mucha afición”*; y que continuaba leyendo manuales de filosofía *“para formar su razonamiento y darle entrada a las ciencias más elevadas”*²⁸. Además, encontró allí un ambiente que fomentaba la virtud profundizando en los principios cristianos y afianzando comportamientos acordes con su fe y educación religiosa. En resumen, en casa de aquella buena señora reafirmó, amplió y profundizó la cultura que había comenzado a adquirir en Poissy y la completó con el aprendizaje de *“llevar con habilidad una familia y la parte doméstica de una hacienda o negocio: trabajos de familia, labores domésticas, contabilidad, etc...”*²⁹. En su estructura psicológica brotó una actitud creativa, prudente, ingeniosa e inventiva. Y es que poseía *“una inteligencia bien templada, que sentía el impulso de sus propios dones, y llegó a hacer de todo elementos de cultura”*³⁰, poniendo las bases de una personalidad que le permitió ser feliz.

2.2 - LAS OPCIONES QUE TOMÓ

La vida que la habitaba se abría camino entre las dificultades. Con un gran sentido natural de la prudencia, apoyada en la formación que ya había recibido y acompañada por la señorita devota, tomó unas opciones que la orientaron en una dirección buena para ella en las circunstancias que le tocaba vivir. En su riqueza personal encontró los recursos que necesitaba para superar las dificultades en la misma medida en que iba construyendo paso a paso su rica personalidad audaz y creativa.

La elección de unas determinadas lecturas

El hecho de pasar de Poissy a Paris le permitió vivir una mayor apertura al ambiente que se respiraba en las calles de la capital. Y su maduración psicológica le ofreció la libertad de moverse según sus gustos y aficiones. En la capital se respiraban aires de reforma. Tras las Guerras de Religión y la política beneficiosa de Enrique IV, había surgido un gran despertar de la dimensión espiritual de las personas. Se publicaba la mejor literatura mística flamenca, alemana y española. Por aquí y por allá iban surgiendo grupos de personas que se reunían en casas particulares para ayudarse a vivir una fe viva y renovada. Los conventos ejercían una notable influencia renovadora en la sociedad. Francisco de Sales había estado en Paris en 1602, despertando en la gente el anhelo de santidad y lo que él llamaba la *“vida devota”*. Los Jesuitas, las Carmelitas, las Capuchinas fueron apareciendo en aquel escenario de renovación espiritual.

Luisa, al poco tiempo de llegar a París, conectó entusiastamente con este ambiente. Frente a una joven retraída, tímida y con un contacto con la realidad de su tiempo muy limitado, podemos atrevernos a pensarla como una joven moderna para su tiempo, en relación abierta con el ambiente que le rodeaba. Las lecturas a las que parece que tuvo acceso en esta etapa de su vida y las personas de referencia, eran las que entonces estaban muy en boga. Leía con gusto la *Guía de pecadores* de Fray Luis de Granada en donde encontró mucha ayuda para entrar dentro de sí, para la autorreflexión, esa necesidad que toda persona tiene de encuentro consigo misma. Aprendió a observar su interior para tomar conciencia de lo que aparecía en él y a formularse compromisos prácticos. Leía también el libro de *“La Introducción a la vida devota”*, que resumaba suavidad, serenidad, optimismo y, al mismo tiempo, fuerza, firmeza, claridad de doctrina y exigencia ascética; y encontró identificada en él su tendencia casi natural a la devoción y a la santidad. A partir de este momento, este libro estará presente siempre en su vida. Leía también otros libros de moda como *“La Perla evangélica”*, la *“Santa Filosofía”*, el *“Breve Discurso”* y la *“Imitación de Cristo”*³¹.

El hecho de que Luisa fuera aficionada a la lectura modeló su personalidad y marcó su vida. Terminó siendo una persona muy culta. Porque encontraba gusto en leer y esta experiencia orientó su ser persona hacia valores que lo potenciaron abriéndole a un horizonte espiritual, hacia el que caminó con determinación, superando crisis, experimentando alegrías, y llenando de sentido su vida.

La decisión de dedicar un tiempo a la oración

Luisa de Marillac, cuando era ya mayor, contó a las Hermanas que había comenzado a hacer oración a los 15 o 16 años³². Entonces tenía ya una profunda experiencia de oración. Según ese testimonio, comenzó a integrar en su vida la oración personal hacia 1606 ó 1607. Buscaba el silencio durante un tiempo prolongado para estar a solas con Dios. Pero en la memoria de Luisa quedó grabada una experiencia, bien localizada en el tiempo, más que el recuerdo de actos aislados. De esa experiencia surgió el atractivo por cultivar la relación de encuentro personal, vivo, con Dios.

Dicen que desde la infancia tenía inclinación y facilidad para la meditación³³. Y en este momento crítico, desde su fondo más íntimo, dejó libertad al impulso de su corazón, sintió la necesidad de levantar su mirada al cielo buscando ayuda. El silencio y el encuentro consigo misma le brindó la oportunidad de entrar en contacto con su realidad personal, con su mundo afectivo, con los pensamientos que acompañaban a sus vivencias de abandono y soledad. Se dejó llevar y acertó a encontrar la fuente viva que podía calmar su sed de amor, de reconocimiento, de compañía, de seguridad. La atención consciente a la Presencia de Dios, en el recogimiento, que poco a poco pudo ir tomando un matiz amoroso, le pudo reforzar la seguridad de ser querida, le pudo invitar a la confianza y promover en ella el movimiento interior que permite la apertura a lo trascendente y la entrega confiada. Envuelta por esa Presencia pudo ordenar sus afectos, sanar algunas de sus heridas, comenzar a crecer en madurez y entender que todo lo que sucedía estaba en concordancia con la voluntad de Dios. Esa experiencia, aun con la inconsistencia de todo lo que empieza, tuvo pronto carácter de inspiración, a la vez que le comunicaba cierta seguridad en sus opciones.

La asiduidad a la práctica de la oración fue creando en ella un estilo, como un modo de ser orante. Y poco a poco, la vivencia de esos momentos se fue proyectando en lo que sentía, en lo que deseaba, en lo que hacía, en lo que hablaba, en lo que transmitía. De este tiempo son las dos acuarelas que se conservan todavía. *“El nombre de quien amo”* se lee en una de ellas, que representa a una muchacha sentada entre árboles y flores, y que quiere trazar el nombre de Jesús. Otra representa al Buen Pastor rodeado de ovejas que beben en sus llagas; pero una de ellas, -¿no quiso reflejarse a sí misma?-, apoyada en sus rodillas, bebe en la herida del costado.

Una propuesta ingeniosa para ayudar

Dice Sor Elisabeth Charpy que fue en casa de la señorita devota donde Luisa tuvo “*la primera experiencia de pobreza real*”³⁴. Ella contó a las Hermanas que la señorita *era pobre*. Ignoramos si esa penuria era una situación transitoria o, realmente, el pensionado no tenía bastantes recursos porque las pensionistas no abonaban unas cantidades suficientes para su manutención completa.

Por lo que parece, Luisa tenía “*buen corazón y daba pruebas ya de ser decidida, dentro de un espíritu práctico*”³⁵. Aunque estaba acostumbrada a vivir de otra manera, propuso una actividad que contribuiría a mitigar la estrechez económica en que vivían. Dijo a la señorita devota “*que tomara labor de los mercaderes y que ella trabajaría en provecho suyo, a lo que animó también a sus compañeras*”³⁶. Y la vemos, tan joven, observando lo que le rodeaba, escuchando en su interior y proponiendo soluciones, comprometiéndose ella misma en la actividad e invitando a sus compañeras a colaborar. Lo que ella había aprendido hasta entonces lo ponía al servicio de la señora de la casa, y además proponía intervenir, con otras personas, en una estructura doméstica para transformarla. Estaba brotando en ella, tímidamente aún, la creatividad como nota característica de su personalidad. Se estaba afianzando en ella un tipo de sensibilidad muy concreta hacia la pobreza, hacia los pobres; una sensibilidad que, en lugar de centrarla en sí misma provocando lamentos y quejas, empezaba decididamente a proyectar respuestas.

El vivo deseo de consagrarse a Dios

Estando viviendo en aquella casa, el 23 de julio de 1606 participó en un acontecimiento que impresionó a todo París. Lo que en él vivió le tocó en lo más íntimo dejándola conmovida durante mucho tiempo³⁷. Se despertó en ella el deseo de unirse a las nuevas monjas Capuchinas que, en procesión, se trasladaron desde el hotel de Vendôme, en donde se habían alojado al llegar a París, hasta el nuevo convento, construido por la duquesa de Mercoeur, en la calle Saint-Honoré.

Doce monjas, casi todas jóvenes, desfilaron por las calles, con una corona de espinas en la cabeza y con los pies descalzos. Al lado de cada una de ellas, las acompañaba una princesa. Para abrir la procesión, iban delante ochenta capuchinos, y en medio, el obispo y cardenal Pedro de Gondi, acompañado de su obispo auxiliar Enrique de Gondi. La gente, impresionada por lo que estaba contemplando, comentaba que ninguna otra orden o congregación era tan austera como ellas. Se les llamaba “*Hijas de la Pasión*”.

Así llegaron hasta el convento nuevo que estaba situado enfrente del de los Capuchinos y allí fueron acogidas por el místico Ángel de Joyeuse, entonces Provincial, que predicó la homilía. Y allí mismo, en ese momento, su tío Miguel y Pedro de Bérulle tomaron el hábito de la Tercera Orden de San Francisco. Su primo Octaviano, el segundo hijo de Miguel, vivía también como capuchino en el convento masculino³⁸. Ese convento de Capuchinos era uno de los centros de atracción espiritual en París. Habían vivido en él Lorenzo de Paris, Benito de Canfield y Honorato de Champigny, personajes en primera línea de la renovación espiritual que se estaba comenzando a operar.

Luisa, que todavía no había cumplido 15 años, sintió una gran atracción por el estilo de vida de aquellas monjas y decidió establecer con ellas una relación que le permitió conocerlas a fondo. Ellas le invitaban a entrar en el convento y pasar allí algunos tiempos de retiro compartiendo el jardín conventual, la iglesia y el refectorio. Cuando era mayor contaba a las primeras Hijas de la Caridad que “*cuando iba allá, quedaba totalmente gozosa tan pronto como veía solamente los muros*” del monasterio. Y que “*allí comía a menudo raíces*”³⁹. Cuentan que Sor Margarita Chétif

le oyó decir que desde muy joven frecuentaba los conventos de religiosas que atraían a los fieles por la novedad de su vida y su fervor⁴⁰.

Pasó el tiempo y la seducción que ejercía sobre ella aquella comunidad no se desvanecía. No es extraño que, pues lo deseaba ardientemente, se comprometiera interiormente a consagrar su vida a Dios como capuchina. No le importaban las penitencias que practicaban, ni la gran pobreza en que vivían, ni caminar descalza. En sus tiempos de oración meditaba y pedía luz para discernir. Entendió que aquel atractivo que sentía era una llamada de Dios y hacia los 20 años creyó que era el momento de tomar la decisión. Habló con Honorato de Champigny, Provincial de los Capuchinos y notable director de conciencias. Este, después de varias conversaciones, cuando creyó que conocía suficientemente la realidad personal de Luisa concluyó: “*Dios tiene otros designios sobre su persona*”⁴¹.

Acostumbrada a acoger la realidad como se presentaba, Luisa aceptó, contra su voluntad, esa negativa a formar parte de la comunidad capuchina de París. Pero su “*ardiente deseo de consagrarse a Dios*” quedó prendido en su alma para siempre.

Ante lo nuevo, probablemente sintió incertidumbre y temor, pero se abrió a la realidad, hizo frente al sufrimiento que le presentaba y, a través de lo que hoy llamamos *formación continua*, continuó cultivando las dimensiones importantes de su ser. Era una joven educada, culta, sociable, hábil, creativa y piadosa. Reflejaba hermosura. Calvet tiene interés en decir que, “*ella tenía unos ojos hermosos, luminosos, claros, espejo de un alma apasionada...que era bella*”⁴²;

3 – CAMINANDO HACIA LA LUZ DURANTE EL MATRIMONIO

A sus 22 años, Luisa se mostró libre y abierta a la única posibilidad que le quedaba: contraer matrimonio. Y he aquí una nueva etapa, muy diferente de la anterior, que va a abrirse.

3.1. – UNA PRIMERA EPOCA TRANQUILA Y APACIBLE

Se trataba de un matrimonio de conveniencia a propuesta de la familia Marillac. Se dice que “*intervinieron para que la rechazaran las capuchinas, le dieron una buena dote, y en unos meses arreglaron el matrimonio*”⁴³. El nuevo consorte era “*Secretario de órdenes de la reina*”; se ocupaba de la toma de decisiones generales y escribía las cartas importantes. Servía admirablemente a los intereses de la familia que ya ocupaba en la corte puestos estratégicos como las finanzas, el ejército, la política exterior y todo lo referente a interior. Faltaba el control de la secretaría. Gobillon dice que Luisa “*se comprometió en matrimonio*”, aunque a continuación añade que “*no entró en este estado más que por necesidad de una estabilidad*”⁴⁴. La boda se celebró el día 5 de febrero de 1613, en la iglesia de San Gervasio, la parroquia de Antonio. Por este matrimonio Luisa era agregada a la casa de la reina madre.

El día anterior, en el palacio de los Attichy, en reunión ante notario, en presencia de todos sus tíos, y otros familiares, Luisa escuchó, quizá por primera vez, y públicamente, proclamar su origen y su estatus social. Era “*hija natural*”, residía en casa de los Attichy, y todos aquellos a quienes consideraba sus familiares, firmaron que eran “*amigos comunes*” de los contrayentes. Su esposo Antonio no pertenecía a la nobleza, era un simple escudero, no gentilhomme y por lo tanto, Luisa nunca podría ser nombrada como sus tías y primas *Madame, Señora*, título reservado a la nobleza. A ella le llamarían *Mademoiselle, Señorita*, como a las demás mujeres burguesas. El conflictivo entronque en la gran familia Marillac ya quedaba resuelto porque a partir de ese momento comenzarían a llamarle *Señorita Le Gras*. Calvet nos dice que “*aun cuando se quisiera*

suponer que Luisa estaba ya avanzada en la práctica de la humildad, era demasiado mujer, demasiado femenina, para no considerar a todo ese concurso de potencias como una compensación a su situación de “pensión pobre””⁴⁵.

La Señorita Le Gras superó airoso esta experiencia humillante, como tantas otras que le había tocado vivir. No conocía a Antonio, pero llegó a quererle, y la experiencia de encuentro íntimo trajo a la vida a un niño en octubre de 1613. Fue bautizado en la parroquia de Saint-Merri y le puso por nombre Miguel Antonio. Ya podía disfrutar de la alegría de la maternidad y desarrollar su ternura y solicitud maternales.

El domicilio de la nueva pareja estaba localizado en el Marais, el barrio en donde se ubicaba la alta nobleza. Antonio y Luisa se integraron en la vida social de la corte⁴⁶. Se relacionaban bien con la familia. Su tío Miguel, al menos en sus cartas, se interesaba por su salud y su estado de ánimo, se despedía en un tono cariñoso, deseándole *feliz y larga vida*⁴⁷. Su tía Catalina de Médicis se encomendaba a ella y le decía: *“Como la quiero a usted, deme de vez en cuando noticias tuyas”*⁴⁸. Dentro de aquel ambiente, el joven matrimonio conectó de modo especial con el entorno menos frívolo, el que se vinculaba a la moderna atmósfera espiritual que iba ganando terreno en París. Luisa compartía con Antonio sus lecturas favoritas y ampliaba el número de sus autores preferidos.⁴⁹ Cuando llegó el momento oportuno solicitaron el permiso para leer la Biblia en francés y les fue concedido. Eran asiduos a las ceremonias litúrgicas que solemnizaban las fiestas en su parroquia y otras iglesias, escuchaban con atención los sermones de predicadores de renombre que apoyaban el movimiento reformista que se estaba afirmando. Y cultivaban la vida de oración habiendo habilitado en su casa un lugar como oratorio. Pero no era solo eso. Dicen los biógrafos que la familia de Antonio era caritativa con los pobres y que habían fundado un hospital para atenderlos en Puy. La Señora La Cour, que fue sirvienta en la casa, contó que Luisa, *“en su juventud tenía una gran piedad y devoción en servir a los pobres: les llevaba dulces, confituras, galletas y otras cosas por el estilo; los peinaba y limpiaba la tiña y los parásitos; los amortajaba”*. Y añadía: *“Dejaba a la persona que estuviera con ella para subir a una montaña y atender a un pobre que tiritaba de frío, y (eso) aun cuando estuviese lloviendo o granizando”*⁵⁰.

Entre 1613 y 1617, tuvo la oportunidad de vivir un tiempo tranquilo y apacible, con un estilo de vida sencillo que la mantenía conectada con la sociedad de su tiempo, en continuidad con el proceso de crecimiento personal que había comenzado, disfrutando de la vida familiar y de las cosas de la corte, sin que se llegara a apagar la sed de vivir que había prendido con fuerza en su interior.

3.2 – CAMINANDO EN LA OSCURIDAD HACIA LA LUZ

Parecía que el proceso de maduración que vivía Luisa de Marillac había recorrido ya su trayectoria más importante, pues estaba a punto de cumplir sus 26 años. Se podría pensar que ya estaba todo hecho. Sin embargo, sentía en su profundidad un rumor de infinito, el presentimiento de ser impulsada por la sed de vivir, por la llamada de la plenitud. Era la llamada a crecer en la dimensión espiritual, sobrepasando la mera práctica religiosa.

Entre acontecimientos adversos

Poco a poco, el ambiente exterior le iba resultando más anodino. Daba la sensación de que estaba viviendo como a la fuerza. Comenzaron a sucederse una serie de acontecimientos adversos que le afectaban, a ella misma y a su familia. Hasta este momento había conseguido superar las situaciones difíciles sobrevenidas. Ahora, aparentemente, le faltaba energía para resistir.

El escenario político al que se había incorporado el matrimonio era inestable. En abril de 1617 la reina María de Médicis fue al destierro. Sus servidores más leales, Miguel de Marillac y pocos más, le acompañaron, pero Antonio se quedó en París. Su oficio quedó en suspenso y la economía familiar abocada a disminuir. Cuando dos años más tarde la situación política se estabilizó y la reina regresó a París, Antonio estaba enfermo y ya no pudo incorporarse al trabajo en la corte.

Acababan de quedarse totalmente huérfanos los siete hijos del matrimonio d'Attichy pues Octavio Doni había muerto el 10 de enero de 1614 y Valence el 15 de enero de 1617. Habían nombrado a Miguel de Marillac como tutor de los hijos. Su casa y su hacienda necesitaban alguien que las gestionara, y la familia pensó que lo más pertinente era que el matrimonio Le Gras se trasladara a vivir a aquel palacio. Luisa y Antonio se entregaron de corazón a la tarea, tanto que Antonio puso en peligro la atención a sus propios bienes y asuntos y Luisa *“a pesar de su labor sacrificada en favor de sus primos, debió sentirse más de una vez humillada en aquel palacio prestado, le parecía ser una recogida agraviada”*⁵¹. Los jóvenes no agradecían el servicio que estaban prestándoles y hasta les trataban con insolencia. Miguel tuvo que intervenir como tutor asegurando que *“el trabajo que se están tomando no quedará sin gratitud”*⁵². Además, su hijo, débil y enfermizo, mostraba rasgos psicológicos no comunes para un niño de su edad. Y el temperamento de Antonio, conforme avanzaba su enfermedad mostraba un *“humor impertinente y amargado”*. (GOBILLON Nicolas – *« Vida de la Señorita Le Gras »*, Libro primero, Capítulo 3, p. 49)

Estaba experimentando la inseguridad de todas las cosas que le rodeaban. Ese sentimiento despertaba heridas de tiempos pasados. Al paso de los días crecía en su ánimo la insatisfacción y también la sensación de que todo parecía un castigo de Dios, quizá por no haber permanecido fiel al primer deseo de entregarse a Dios en las Capuchinas. Se cree que durante este tiempo tuvo como director a Honorato de Champigny⁵³ que compartía el pensamiento de Benito de Canfield. Éste hablaba de que en la vida espiritual se da una *“purificación pasiva”* que consistía en aceptar los acontecimientos de la vida para imitar a Jesucristo⁵⁴. Ella perseveraba en esa aceptación: *“su ejercicio está en Dios a quien busca, en Jesucristo a quien ama, a quien se une y cuya vida honra”*⁵⁵, le decía su tío Miguel hacia 1621.

Una vida ascética para crecer

Sabemos por una de sus sirvientas que, por este tiempo, la Señorita Le Gras practicaba la mortificación y otras prácticas de lo que hoy llamamos ascesis. *“Cuando estaba a la mesa, -nos dice- con mucha frecuencia, fingía como si comiera, pero no comía. Por la noche, se levantaba para encerrarse en su gabinete, tan pronto como el señor se quedaba dormido. Tenía cilicios y disciplinas”*⁵⁶. Y sabemos también que *“durante el Carnaval y en otras épocas del año, sus retiros en el convento de las Capuchinas de la calle Saint Honoré, completaban los ejercicios de su vida interior”*⁵⁷. Su primer biógrafo indica que había sido Francisco de Sales, cuando la visitó en su casa, con motivo de su estancia en París en 1619, quien *“le había aconsejado la disciplina para despertar la devoción; y bajo sus vestidos modestos de forma y color, llevaba un cilicio”*⁵⁸. Los espirituales de entonces proponían a sus dirigidas lo que llamaban *“purificación activa”*, que en la mentalidad de Canfield se resumía en *“imitar la vida y pasión de Jesucristo a través de la mortificación de la propia voluntad, raíz y origen en el hombre de todo mal”*⁵⁹. Monseñor de Ginebra, de quien la Señorita era admiradora desde su juventud, además de aconsejar este tipo de

penitencia tres veces por semana, con moderación, adelantaba que existen valores superiores como la caridad, que ella también practicaba⁶⁰.

Esta vida ascética era la respuesta a las “*nuevas llamadas a la Perfección*”⁶¹ que recibía de Dios, según Gobillon; y llegó a ser un “*compromiso personal, consciente, voluntario, libre y amoroso en el camino de crecimiento en la vida espiritual*”⁶². Era la ascesis exterior que ella unía a la interior en la que trabajaba virtudes como la humildad, la abnegación, el desapego, la pobreza interior, la pureza y el conocimiento de sí misma. Había elegido hacer de su propia vida un taller en donde se trabajaba para permitir que emergiera y se purificara su dimensión espiritual.

Adentrándose en la noche

El camino interior es escabroso. La Señorita Le Gras buscaba ayuda para transitarlo. Por eso, a partir de este momento, la figura del director espiritual estará a su lado el resto de su vida. Se suceden en este tiempo Miguel de Marillac y Juan Pedro Camus. En las cartas que se entrecruzaron encontramos algunos síntomas de la situación personal que estaba atravesando. Vivía con inquietud, con miedo, con la sensación de que todo su ser entraba en zozobra. El tema recurrente era su relación con Dios, que también tenía consecuencias en su dimensión humana y psicológica. No encontraba paz y sosiego en ella; no encontraba contento en sus sentimientos. Se desvivía por agradarle. Esperaba que Dios respondiera a sus esfuerzos y se desmoronaba cuando no recibía lo que buscaba. Se centraba excesivamente en sí misma, observando minuciosamente su interior, detectando lo que ella llamaba “faltas” para erradicarlas, creyendo que así limpiaría su alma y llegaría a la humildad. Se mostraba exigente con Dios a quien creía servir con solicitud. Toda su actividad estaba centrada en su esfuerzo personal, en un gran esfuerzo. Y en esa situación crecía más y más su “*avidez espiritual*”⁶³. Estaba ejerciendo sobre sí misma un voluntarismo que la dejaba extenuada. Sus directores le aconsejaban “*permanecer ante Dios como el pobre mendigo para el que sólo Él lo es todo*”⁶⁴.

La Señorita Le Gras estaba a punto de poder franquear un umbral importante que marcaría diferencia respecto su anterior relación con Dios. Estaba pasando por lo que san Juan de la Cruz llama *noche activa del sentido*, la experiencia profunda que traspasa la frontera entre lo inmanente y lo trascendente. Estaba adentrándose en la mística o mejor, Dios la estaba conduciendo, en un largo proceso, por el camino del desasimiento hasta la experiencia de unión con él como desposorio místico⁶⁵. Mientras tanto, aparecía como una persona deprimida, con tendencia a la tristeza y una gran inestabilidad emotiva. Su vida en el matrimonio se le antojaba un fracaso. Daba la sensación de que estaba empezando a adentrarse en una crisis de identidad. Mas permanecía con “*paciencia amorosa y aceptación serena*”⁶⁶, imitando a Jesucristo.

Es Dios el que va haciendo su obra en el alma

Se trataba de un doloroso proceso de crecimiento espiritual. Estaba atravesando por la experiencia de la “noche activa del sentido”, hacia la “noche pasiva”. Todavía se afanaba en su hacer ascético y a la vez, iban apareciendo signos de su pasividad, del hacer de Dios en su alma, con la conciencia de esa acción. Padecía en su cuerpo y en su espíritu el dolor que supone el paso de la oscuridad a la luz, de la muerte a la vida. Estaba pasando por “*grandes decaimientos de espíritu*”, “*grandes penas y dolores interiores*”, “*penas muy sensibles*”, “*sentimientos de su propia abyección*”, “*abandono de Dios merecido por sus infidelidades*”, “*desamparo*”, “*anonadamiento*”. Se sentía “*como una cloaca de orgullo y fuente de amor propio*”. Estos sentimientos se reflejaban en su cuerpo en forma de “*opresión de corazón tan grande que, en los*

momentos más violentos, le hacía sufrir en el cuerpo". Creía que no merecía que *"se cumpliera en ella la Santa Voluntad de Dios"*, por haber equivocado su vocación.

Esta situación le duró varios días. Y se combinaba con breves momentos de contemplación que la suavizaban. Así un día sintió *"un poco más de tranquilidad habiendo tomado como tema de la oración: La paz de Dios que supera todo conocimiento"*⁶⁷. La experiencia entraba de lleno en lo que san Juan llama *noche pasiva del alma*. Se sucedían experiencias de pasividad espiritual. *"Me sentí impulsada por el deseo de darme a Dios para hacer toda mi vida su santa voluntad"*, *"Él me inspiraba"*, *"estuve todo el día embebida en la consideración de las Misericordias de Dios sobre sus criaturas"*. Su oración se hacía más intensa y penetrante, percibiendo que no existía *"más que por Él y en Él"*.

Apenas estrenado el año 1623, en marzo, sentía *"pena al no encontrar en sí, en su sentimiento, nada más que incertidumbre acerca de Dios"*⁶⁸. Estaba sumida en una gran confusión, propia de la experiencia de noche oscura que estaba atravesando. Su director Juan Pedro Camus le decía con cariño su gran deseo: *"Espero siempre, querida hija, que recobre la serenidad después de esos nubarrones que le impiden a usted ver la hermosa claridad de la alegría que se encuentra en el servicio de Dios"*⁶⁹.

El día de santa Mónica, el 4 de mayo, en medio de su desconcierto, hizo voto de viudez si Dios se llevaba a su marido. Un mes después, el 25 de mayo, fiesta de la Ascensión, cayó *"en un gran abatimiento de espíritu, por la duda que tenía de si debía dejar a su marido"*. Pensaba que de esa manera podría reparar el compromiso que había formulado cuando quiso ser capuchina. Y que de esa manera tendría *"más libertad para servir a Dios y al prójimo"*. Además, su director estaba lejos de París. No le era fácil acceder a su ayuda en los momentos de mayor dificultad. ¿No debería buscar otra persona más cercana para que pudiera escucharle y aconsejarle? Pero *"dudaba de si el apego que le tenía no le impediría tomar otro"*. Y quizá lo más terrible era el *"gran dolor que tenía con la duda de la inmortalidad del alma"*. Estuvo sumida, desde la Ascensión hasta el día de Pentecostés, en una aflicción increíble. Su mente aturdida producía estos pensamientos lacerantes que despertaban sentimientos tremendamente dolorosos.

Y llegó la fiesta de Pentecostés. Por la mañana de aquel 4 de junio, en la iglesia de San Nicolás de los Campos, muy próxima a su casa, durante la Eucaristía, o en un rato de oración, *"en un instante"*, le sobrevino una experiencia profunda. Ella, pasados algunos años, la transcribió sobre un papel y la llamó LUMIÈRE, porque su *"espíritu quedó iluminado acerca de sus dudas"*. En sus palabras se advierte que había Alguien que actuaba, y una persona agraciada que acogía y recibía ese hacer: *"Se me advirtió"*, *"se me aseguró"*, *"entendí"*, *"me daría"*, *"me hizo ver"*. La persona agraciada *"no podía comprender cómo podía ser"*, pero, -¡y, siempre es un juego de libertades!-, pudo decir: *"consentí"*. Y termina afirmando: *"en mi espíritu sentí la seguridad de que era Dios quien me enseñaba todo, y pues Dios existía, no debía dudar de lo demás"*. El relato, en su expresividad sencilla, directa y precisa, refleja el esquema de otras experiencias de tipo místico. En su interior había temor y asombro; y también serenidad y paz. Las dudas se habían disipado. Debería permanecer con su marido; se avecinaba un futuro en el que habría votos, en una pequeña comunidad, en un lugar dedicado a servir al prójimo con movimiento de idas y venidas. Y otro director le sería dado⁷⁰. Era una promesa porque parecía que nada debía cambiar de inmediato en su entorno; era también una certeza: Dios allí en el fondo más profundo de su ser, Presencia viva, dadora de vida. Ya san Juan de la Cruz anunciaba: *"Alumbrará Dios al alma, no solo dándole conocimiento de su bajeza y miseria, sino también de la grandeza y excelencia de Dios"*⁷¹.

4. – HABITADA POR UNA LEY DE AMOR

La experiencia de Pentecostés de 1623 quedó grabada en el corazón de Luisa de Marillac para siempre. Años después, antes de 1650, con motivo de una fiesta de Pentecostés, comentaba que, en aquel día lejano, puso Dios en su corazón *“una ley que no ha salido ya jamás de él”*⁷². Acostumbrada al lenguaje teológico, se refería al nuevo modo de experimentar la vida que inauguró Jesucristo; a la *“ley nueva”* que *“es llamada ley de amor, porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor; ley de gracia, porque confiere la fuerza de la gracia para obrar mediante la fe y los sacramentos; ley de libertad (cf. St 1, 25; 2, 12), porque nos libera de las observancias rituales y jurídicas de la Ley antigua, nos inclina a obrar espontáneamente bajo el impulso de la caridad y nos hace pasar de la condición del siervo -que ignora lo que hace su señor-, a la de amigo de Cristo, -porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer- (Jn 15, 15), o también a la condición de hijo heredero (cf. Ga 4, 1-7. 21-31; Rm 8, 15)”*⁷³. Esta formulación nos aproxima muy certeramente al efecto que tuvo la experiencia de LUMIÈRE en ella. E indica un cambio de perspectiva. Hasta ese momento, el proyecto de Dios para ella estaba formulado en las lecturas espirituales que hacía y en los consejos de sus directores. Pentecostés de 1623 traslada el lugar del discernimiento desde las formulaciones teóricas externas, hacia la voz que surge desde el fondo del espíritu. Minimiza el protagonismo de su fuerza de voluntad en el proceso para permitir que sea el Espíritu quien marque la dirección, el ritmo y las opciones a realizar. Era el punto de partida de un camino nuevo de discernimiento.

La promesa, al ritmo de Dios, fue haciéndose realidad. No se sabe cómo, cuándo, ni dónde sucedió el encuentro entre la Señorita Le Gras y su nuevo director Vicente de Paúl. Quizá fue poco después de aquel día de Pentecostés de 1623, y no más tarde de comienzos de 1625⁷⁴.

Respecto de Antonio, lo tenía claro. Debía permanecer con él. Intermitentemente, desde hacía tres o cuatro años, caía enfermo y se recuperaba. Ella le cuidó con cariño, con bondad, intentando comprenderle para aliviar su dolor. *“Se ganó su corazón”*⁷⁵. Murió durante la noche del 20 al 21 de diciembre de 1625.

*“Dios ha roto sus ligaduras. ... Ya no está usted dividida. Ahora, está completamente a disposición del Esposo celestial... desde hace mucho tiempo está usted determinada a no querer más que a Él”*⁷⁶, le decía Camus. Y ella pensaba, *“¿No es muy razonable que yo sea toda de Dios después de haber estado tanto tiempo en el mundo?”*. *“Lo deseo con todo mi corazón y en la manera que a él le plazca”*⁷⁷.

4.1 – PONIENDO VIDA, CON SENCILLEZ, EN TODO LO QUE HACÍA

Ante Luisa se abría un tiempo nuevo para vivir y un nuevo camino que recorrer. El futuro que, según la LUMIÈRE, se avecinaba permanecía en suspenso. Reestructura su estilo de vida.

Se resolvió a cambiar de domicilio trasladándose desde el barrio del Marais al de Saint Victor. Dejaba atrás su entorno social con sus gustos mundanos e intrascendentes y elegía un lugar más humilde, habitado por gente sencilla del pueblo, trabajadores pobres, más en consonancia con la pobreza evangélica que poseía gran atractivo para ella. Allí vivían desde hacía algún tiempo Vicente de Paúl y sus primeros compañeros, en el colegio de Bons Enfants.

Su segunda decisión fue redactar su *“Reglamento de vida en el mundo”*, una ayuda para continuar su trabajo de formación, lo que hoy llamamos “proyecto de vida”. Parece ser que lo redactó a lo largo del año 1626. El escrito que ha llegado hasta nosotros es de su puño y letra⁷⁸, inspirado plenamente en el evangelio y contextualizado en la espiritualidad francesa de entonces.

Comienza declarando sus dos únicos objetivos: “*seguir a Jesucristo y servir con toda humildad y mansedumbre a mi prójimo*” y “*que se cumpla en mí su santa Voluntad (la de Dios)*”. Explica que surgían de un “*deseo*” vivo en su corazón. Al conectar con ese “*deseo*” encontraba la energía, el ánimo y la motivación para conseguir sus fines. Podía ir creciendo desde dentro y por atractivo. La formulación de su primer objetivo: “*Seguir a Jesucristo y servir a mi prójimo*” evocaba sabiamente el mandamiento principal “*amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a ti mismo*”⁷⁹. Se le había revelado la belleza de la “*pobreza*” evangélica y la eligió porque le garantizaba “*libertad*” para vivir el seguimiento y el servicio. Su segundo objetivo, “*que se cumpla en mí la Voluntad de Dios*”, además de enraizarla en el núcleo del evangelio, la situaba en la corriente más fervorosa, comprometida y moderna en la que se movían los espirituales de París. En el breve preámbulo de su *reglamento* afirmaba que esos objetivos los reforzaría con las virtudes que fundamentaban los votos tradicionales “*viviendo en obediencia y castidad*” y “*honrando la pobreza de Jesucristo*”. De comienzo a fin, el reglamento ponía de manifiesto que la Señorita se proponía vivir centrada en Jesucristo; Él era el absoluto en su vida.

Quería vivir conscientemente las pequeñas cosas de cada día. Según la costumbre del tiempo, dedicaría ratos:

- al trabajo manual, que realizaría “*alegremente*” y que incluía la creación artística, el bordado, la realización de otras “*labores*”. Esos trabajos le permitían mantener la consciencia del momento, aportando su resultado y valor a la “*Iglesia*”, a los “*pobres*” y a la propia “*casa*”.
- al arreglo de la casa,
- a las “*obras de caridad*”, “*expansión*”, etc...;
- a la oración, con el fin de cultivar actitudes de “*adoración*”, de “*acción de gracias*”, de “*abandono*”, de “*confianza*”, de “*recogimiento de espíritu*”, a través de la meditación del Evangelio, de la lectura de vidas de santos, de plegarias a María y del cultivo de la presencia de Dios. Deseaba prestar atención a su dimensión afectiva, con sede en el “*corazón*”, para descubrir en él el “*deseo*” que anhelaba ser saciado; para “*conservar el sentimiento*” que se había despertado en la oración; o “*conservar en el corazón el sentimiento del gran amor*” experimentado al celebrar la eucaristía de cada día; y para “*excitar el deseo del amor de Dios en frecuentes afectos*” pronunciando pequeñas y jugosas frases inspiradoras y “*jaculatorias*”.
- a vivir sus compromisos con los pobres y los enfermos, a visitarles, a mantener relaciones de ayuda y de amistad.

El final de cada jornada quedaba marcado por la “*confianza en la misericordia y bondad*” de Dios y por una revisión de vida o “*examen*” en el que traía a su conciencia las “*gracias que había recibido durante el día*” y “*pedía perdón por sus faltas*”. Todo esto en una actitud de silencio y recogimiento, cultivando su interioridad.

En su decisión de “*ser toda de Dios*”, el año le ofrecía posibilidades de mantener vivo ese deseo. Eligió los “*primeros sábados de mes*” para traer a su conciencia “*resoluciones*”, *propósitos* que había formulado años atrás y los que fueran surgiendo en adelante. El tiempo de “*Adviento*” y los días previos a “*Pentecostés*”, le parecían los más apropiados para “*retirarse*”, siguiendo el plan trazado por Francisco de Sales en su “*Introducción a la vida devota*”, “*durante ocho o diez días*”, a algún convento, y dedicarse a la meditación, a la penitencia y al recogimiento. En unión a toda la Iglesia, distribuía la práctica del “*ayuno*” en el tiempo de Adviento y Cuaresma, los días anteriores a las fiestas de Jesucristo, de la Virgen y de los Apóstoles y todos los viernes del año. Su alimentación, en general, contaba solo de “*dos comidas al día*”.

El crecimiento personal suponía para ella prestar atención a sus puntos débiles para transformarlos y a los fuertes para desarrollarlos. Por eso en su reglamento ya declaraba que sus “*pasiones*” dominantes eran la “*vanidad y la precipitación*” y que debía trabajar en ellas. Y como ya era costumbre en ella, practicaría también la disciplina y el cilicio.

Su devoción estaba centrada en el misterio de la “*Encarnación*” y la venida del “*Espíritu Santo*”, eligiendo para meditar en ellos cada 25 de mes y el día en que tocaba ese año la fiesta de Pentecostés; “*la Virgen*”, a la que tomó “*como protectora*”; el “*Ángel de la guarda*” y los “*Apóstoles*”. Quería “*imitar la vida*” de estos últimos porque habían sido “*imitadores de Jesucristo*”.

Estaba clara la centralidad de la figura de Jesucristo y la preeminencia de la caridad hacia el prójimo sobre la obligatoriedad de cualquiera de los actos que proponía este *reglamento*, garantizando la vivencia de una espiritualidad evangélica. Y la atmósfera que lo envolvía era la devoción impulsada por el amor, bellamente divulgada por Francisco de Sales entre quienes leían asiduamente su “*Introducción a la vida devota*”. Esta verdadera devoción “*es verdadero amor de Dios, pero no un amor cualquiera, pues cuando el amor divino hermosea nuestra alma se llama gracia porque nos hace agradables a la Divina Majestad; cuando nos da fuerza para obrar el bien se llama caridad; mas, cuando llega a tal grado de perfección que, no solamente nos hace obrar el bien sino obrar cuidadosa, frecuente y prontamente, entonces se llama devoción*”⁸⁰. Luisa dejó constancia de ello: “*no tendré el deseo de servir a Dios sino en la medida en que me atraiga su santo amor*”⁸¹.

4.2 – VICENTE DE PAÚL, “LA DIRIGÍA SIN FORZARLA”⁸²

El encuentro con la persona de Vicente de Paúl, “*la única de la que ha recibido ayuda*”⁸³ y “*la que le es más querida en este mudo*”⁸⁴ fue de importancia capital para completar su crecimiento personal. Maturina Guérin recordará en 1660, que después de muchos años de conocerse y ayudarse, cuando Luisa hablaba coloquialmente con sus hermanas, les decía: que “*para dirigir las almas, pocas personas había que tuvieran el método de nuestro honorable Padre, que había recibido un don especial de Dios para conocer los caminos por los que él quería llevar a las almas y para dirigir a éstas por esos caminos, a diferencia de otros directores que, en vez de esforzarse por conocer lo que nuestro Señor pide a cada uno, dan su propia dirección, y no la de Dios: la de ellos, aunque buena, no es siempre apropiada para todos*”⁸⁵.

La relación entre ambos comenzó como relación de ayuda, dirección o acompañamiento espiritual, evolucionó a través de una preciosa amistad y de una sabrosa complementariedad hacia una relación de exuberante colaboración evangélica. Se daba una sintonía entre ellos. Coincidían en ese momento en situar el sentido de su vida en la realización existencial de la Voluntad de Dios en cada uno de ellos para llevar a su plenitud más lograda la “*imagen de Dios*” que habían recibido al nacer, como semilla. Y los dos querían cultivar la “*sensibilidad*” para percibir la presencia misteriosa de Dios en su vida. Vicente, ya desde los tiempos de Folleville y Châtillon, en 1617, cuando se sintió vencido ante la certeza: “*Está claro que Dios actuaba allí con su poder*”. Luisa, desde el día de Pentecostés de 1623, cuando se sintió iluminada por la evidencia: “*era Dios quien me enseñaba todo aquello*”⁸⁶. Y ambos también constataban su natural “*sed de Dios*” y querían dejarle a Él la iniciativa de su vida.

Luisa superó las primeras reticencias y la dependencia con la que se situó respecto a él al comienzo⁸⁷. Inestable e indecisa, necesitada de cariño, consejo, atención, comprensión y escucha, lograron establecer una relación que fue muy fructífera para ambos. Les ayudó a crecer, a hacer

presente el Reino de Dios entre sus contemporáneos, a poner a los pobres en el centro de la sociedad y a dejar una huella que traspasó el límite del tiempo.

4.3. DESCANSAR EN LA CONFIANZA

La acción de Dios en Luisa de Marillac no le ahorró el esfuerzo de la colaboración fiel. La crisis por la que había pasado y que se resolvió en la experiencia de LUMIÈRE, estaba desencadenando un nuevo nacimiento. Aquella persona que se sentía en zozobra veía como estaba naciendo una mujer nueva desde el “*agua*”, a través de una purificación que abarcaba toda la persona, y del “*espíritu*” porque Él estaba siendo, e iba a ser en adelante, el protagonista en su vida.

Para poder vivir desde el amor, se hacía necesario restaurar en su estructura interior la confianza. Cuando las necesidades básicas del recién nacido no son cubiertas adecuadamente, se instala en la persona una inseguridad afectiva que conduce al apego o a la indiferencia e impide la entrega desinteresada. Luisa se había sentido afectada durante toda su infancia, adolescencia y juventud por mensajes que agrandaban esa inseguridad afectiva y la habían conducido hacia sentimientos de desconfianza, indignidad, infravaloración, ansiedad, culpa y miedo. Salir de la crisis promoviendo el surgir de la mujer nueva, requería sanar esa herida para poder desplegar con libertad su ser. Vicente de Paúl le repetía en sus cartas: “*viva llena de confianza*”⁸⁸ “*rechace los pensamientos de desconfianza*”⁸⁹, “*confíe plenamente*”⁹⁰, “*confíe en Él*”⁹¹, “*puede confiar*”, “*confíe en El y tendrá el cumplimiento de lo que su corazón desea*”⁹², “*hay que confiar en Él y permanecer en paz*”, “*viva por favor, descansando en esta confianza*”⁹³.

Para ello proponía a Luisa afianzar la experiencia de sentirse “*hija amada*”. “*Sea, pues, su hija querida*”⁹⁴. Se trataba de experimentar el amor de Dios en el horizonte de aquella misma experiencia que vivió Jesús de Nazaret. Poder escuchar en lo íntimo: “*Tú eres mi hija, a quien yo quiero, mi predilecta*”⁹⁵. Experiencia de sentirse conectados con el origen de la vida, con la fuente de donde brota el existir. Experiencia de advertir una energía nueva, la “*fuerza interior del alma*”⁹⁶. Sentirse valorada, apreciada, apoyada y querida; vivir la vida con pasión, con todos sus riesgos y todas sus posibilidades; solo podía ser realidad, si fundaba su experiencia de sentirse amada sobre una roca muy firme, en una “*perfecta confianza*”⁹⁷. La oración que se proyectaba en el vivir diario le suministró la atmósfera precisa para crecer en esa confianza “*¿Por qué no va a estar su alma llena de confianza, si es hija querida de Nuestro Señor?*”⁹⁸. Era una confianza amorosa. “*El amor de Dios es lo único en que deseo esté ocupado su corazón*”⁹⁹.

4.4 - ELEGIR LA ALEGRÍA

El largo tiempo que vivió afectada por el sufrimiento dejó en su alma un poso de tristeza, Vicente encontró ante sí a una mujer que con frecuencia se sentía asediada por la fuerza de sus pensamientos negativos que desencadenaban sentimientos de infravaloración y culpabilidad. Sabía que en la alegría brotaba lo mejor de cada persona. Había llegado al convencimiento de que a Dios le gusta que vivamos la alegría¹⁰⁰. Y puesto que la alegría es una pasión llena de vida, energía y placer de vivir, era necesario trabajarla y permitir que arraigara en la persona.

Él le hablaba en términos como “*consérvese alegre*”, “*esté alegre*”, “*manténgase muy alegre*”, “*haga con alegría lo que tenga que hacer*”, “*viva descansando en la alegría*”. Y ella respondía aplicándose a la práctica de elegir la alegría y se comprometía a “*trabajar alegremente*”, a observar “*el sentimiento de alegría que ahora experimento*”, y a “*conservar la alegría*”¹⁰¹.

Luisa lo intentaba y se iban asentando la paz y la tranquilidad en su corazón. Encontró medios adecuados: “*Trayendo a la memoria los motivos y los afectos*” que en momentos punta

experimentaba en su corazón. Pero más importantes eran los motivos que descubría para mantener la alegría: la certeza de que imitaba a Jesucristo en la alegría con que aparece en el evangelio¹⁰², que era Él quien tomaba la iniciativa en las cosas que tenía que hacer¹⁰³. Y como el trabajo era arduo y estaba ocupada en muchas cosas, su director le aconsejaba que *“se procure una santa alegría en su corazón con todas las distracciones que le sean posibles”*¹⁰⁴. *“Esté alegre y haga con alegría lo que tenga que hacer”*¹⁰⁵.

Luisa lo consiguió gustando la alegría que brota en la belleza que hay en las “cosas de Dios”: *“He resuelto decididamente seguirle, sin distinción alguna, sino llena de alegría al sentirme tan feliz de ser aceptada por El para vivir toda mi vida en su seguimiento”*. Un día 24 de agosto, hacia 1650, Luisa cogió apresuradamente el papel para escribir así a Vicente: *“Mi corazón, todavía lleno de gozo por la inteligencia que me parece le ha dado nuestro buen Dios de estas palabras: ¡Dios es mi Dios! y por el sentimiento que he experimentado de la gloria que todos los bienaventurados le tributan como consecuencia de esta verdad, no puede por menos de comunicarse con usted esta tarde para suplicarle me ayude a hacer (buen uso) de estos excesos de alegría”*¹⁰⁶.

4.5 – IMITACIÓN DE JESUCRISTO

Llegó a ser móvil y motivo no sólo de su comportamiento, del hacer y de sus actitudes, sino del modo y del estilo de su conducta. Desde siempre había trabajado este dinamismo espiritual. *“Es razonable que nosotros sigamos e imitemos su santísima vida humana, ... y por eso, he resuelto en toda ocasión, mirar lo que Jesús hubiera hecho”*.¹⁰⁷

El término “hacer” no indica sólo la realización mecánica de actos; incluye también las actitudes, los gustos, inclinaciones, preferencias, actividades, vida de relación. Todo aquello para lo que Jesús en el Evangelio se nos ha manifestado como modelo. Y lo hacía de manera muy práctica, *“Como una esposa trata de conformarse a su esposo”*¹⁰⁸. Le imitaba en el “no hacer”, durante su vida oculta; en la vida activa de evangelización; como visitadora de las Caridades, con toda una amplia gama de matices: el estado desconocido, el cansancio y las contrariedades que sufrió, las burlas, los desprecios, los malos tratos, los buenos recibimientos, las alabanzas, los elogios, el retirarse de algunas ciudades, como Châlons, por orden del Obispo, como Cristo que tuvo que salir de Nazaret y de otros lugares...¹⁰⁹. En los acontecimientos relativos a su vida familiar, cuando sus tíos cayeron en desgracia ante Richelieu¹¹⁰; en su vida personal¹¹¹; para reforzar la adquisición de la humildad y la pobreza, para crecer en la virtud, en la lucha contra el pecado, para perseverar en la alegría y permanecer en paz..., la imitación de Jesucristo fue motivación, ejemplo y fuerza¹¹². La imitación a la que se sentía llamada Luisa de Marillac no se limitaba a reproducir acciones de Jesucristo con una mera semejanza externa. Esa imitación debía surgir de su profundidad, para poder actuar *“con el mismo espíritu de Jesucristo cuando estaba en la tierra... o más bien que ese mismo espíritu pueda actuar por medio de ella”*¹¹³. Esta imitación había logrado ocupar un lugar tan íntimo en su persona que exclamaba: *“que en la hora de mi muerte sea encontrada en mi alma la impresión de Jesucristo”*¹¹⁴. Y así declaró que sucedió Vicente de Paúl, cuatro meses después de que falleciera: *“Hacía lo que dice San Pablo, “No soy yo el que vivo, sino Jesús el que vive en mí”. De tal manera, intentaba hacerse semejante a su Maestro”*¹¹⁵.

5. – UNA EXISTENCIA LOGRADA

Todavía podríamos decir muchas cosas para ilustrar el proceso de crecimiento de Luisa de Marillac así como la manera en la que ella abordó su formación continua. Pero hay que concluir.

En el proceso de crecimiento personal que vivió Luisa de Marillac confluyeron varias realidades que lo impulsaron hacia la plenitud. Lo puso en marcha el amor de un Dios que la creó a su imagen, la llamó a una felicidad colmada y le regaló dones, capacidades, cualidades y permanente presencia, protección e impulso. Lo condicionó la familia en que nació, el ambiente y la época en que se crió y creció, las personas que aparecieron junto a ella a lo largo de su trayectoria vital. Lo dinamizó la sed de Dios, esa sed de vivir que nunca desapareció de su corazón. Lo apoyó y realizó ella misma, en su trabajo de formación, con una colaboración comprometida, activa y responsable, aceptando las realidades que aparecieron en su camino, sorteando obstáculos, tomando opciones, responsabilizándose en el trabajo, acogiendo la “*gracia*” y dejándose llevar por ese Dios que le ofrecía un amor sin límites. «Lo que ella era», es el regalo que había recibido de Dios, «lo que ella consiguió llegar a ser», es el regalo que ella ofreció a Dios al final de su vida.

Su caminar creciendo seguía un ritmo normal, dentro de una evolución lineal que, a juicio de cualquier persona que la conociera, podía parecer óptimo. Había sido producto de la ayuda de algunas personas y de *su propio esfuerzo*. A través de él, había ido *cambiando* a mejor, había intentado perfeccionar sus facultades, sus capacidades, sus cualidades y había minimizado el efecto de sus defectos. Y fue bueno y necesario eso que ella hizo. Pero, no era suficiente para gustar la plenitud. Y ocurrió algo esencialmente diferente. Dios le pidió el consentimiento para tomar Él la iniciativa. Ella *consintió* y logró entregarse totalmente a Él. Se sintió transformada. Como “*tierra viva*”¹¹⁶, en manos el Dios alfarero, dador de *vida abundante*. Pura gracia, nunca lo hubiera podido conseguir por sí misma. Por eso podía exclamar: “*me parecía que todo cuanto yo era, no era más que gracias*”¹¹⁷; Desde casi veinte años antes de su muerte, Vicente de Paúl consideraba que “*no tenía más vida que la que recibía de la gracia*”, pues parecía “*muerta naturalmente por la debilidad de su cuerpo y la palidez de su rostro*”. Tal era la “*fuerza de espíritu*”¹¹⁸ que poseía.

Era “*une femme epanouie*”¹¹⁹. Nacida en la debilidad, llegó a vivir alegre, satisfecha, realizada, en amplio despliegue de sus facultades. Consiguió dejarse iluminar por el gozo y contagió su generosidad. Supo abrirse a la vida, a la amistad, al perdón, a la gracia y a la trascendencia. Irradió dulzura, cordialidad, ternura y amabilidad en sus relaciones. Era una gran mujer en un cuerpo pequeño, una mujer en plenitud: ¡UNA SANTA!

Sor Carmen URRIZBURU
Hija de la Caridad

Notas

¹ Jn 4, 14.

² Compañía de las Hijas de la Caridad. “*Constituciones y Estatutos*”. C. 49

³ Col 1,15

⁴ SAN VICENTE DE PAUL. “*Obras completas*”. Tomo IX,2. Ed. Sígueme. Salamanca, 1972. Conferencia 118, pág. 1226.

⁵ SAN VICENTE DE PAUL. “*Obras completas*”. Tomo IX,2. Ed. Sígueme. Salamanca, 1972. Conferencia 119, pág. 1232.

⁶ Gn 1, 27

⁷ Gn 2,7

⁸ Cf. “Catecismo de la Iglesia Católica”, n° 355-368

⁹ GOBILLON, Nicolás, “*Vida de la Señorita Le Gras*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pág. 37.

¹⁰ GOBILLON, Nicolás, “*Vida de la Señorita Le Gras*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pág. 38.

¹¹ Se había casado en 1584 con María de la Rozière que murió hacia 1588 sin descendencia. Se volvió a casar con Antonieta Le Camus el 15 de enero de 1595.

¹² MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Editorial CEME, Salamanca, 1995. Págs. 13-16.

- ¹³ GOBILLON, Nicolás, “*Vida de la Señorita Le Gras*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pág. 37.
- ¹⁴ CALVET, Jean, “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME. Salamanca, 1977. Pág. 20.
- ¹⁵ CHARPY, Elisabeth. “*Contra viento y marea, Luisa de Marillac*”.p. 3
- ¹⁶ POISSENET, Dominique. “*De la angustia a la santidad*”. Editorial Studium, Madrid, 1963. Págs. 24-25
- ¹⁷ GOBILLON, Nicolás. “*Vida de la Señorita Le Gras*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pág.38.
- ¹⁸ MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Ed. CEME, Salamanca, 1995. Pág. 23.
- ¹⁹ GOBILLON, Nicolás. “*Vida de la Señorita Le Gras*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pág. 37.
- ²⁰ CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 21.
- ²¹ MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Ed. CEME, Salamanca, 1995. Pág. 21.
- ²² “*Compagnie des Filles de la Charité aux origines. Documents*” Edita Compagnie des Filles de la Charité. Paris, 1989. Document 803, Témoignages sur les vertus de Louise de Marillac par Barbe Bailly (juillet). Pág. 792.
- ²³ GOBILLON, Nicolás. “*Vida de la Señorita Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pag. 923. Y GOBILLON, N. “*La Vie de Mademoiselle Le Gras, Fondatrice et Première Supérieure de la Compagnie des Filles de la Charité, Servantes des Pauvres Malades*. A Paris. Chez André Pralard, rue Saint-Jacques. M.DC. LXXVI. Pag. 6-7.
- ²⁴ MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Ed. CEME, Salamanca, 1995. Pág. 23.
- ²⁵ CALVET Jean, « *Luisa de Marillac* », Editorial CEME, Salamanca, 1977, p. 21
- ²⁶ MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Editorial CEME, Salamanca, 1995. Pág. 23.
- ²⁷ “*Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*” Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 803, Testimonio acerca de las virtudes de Luisa de Marillac por Bárbara Bailly, pág. 792.
- ²⁸ GOBILLON, Nicolás. “*Vida de la Señorita Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pág. 38.
- ²⁹ MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Ed. CEME, Salamanca, 1995. Pág. 23.
- ³⁰ CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 23.
- ³¹ CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 23-25.
- ³² “*Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*” Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 822, Sobre las virtudes de Luisa de Marillac, relato de Maturina Gérin. Pág. 813.
- ³³ CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 24. Damos por válido el testimonio que el autor recoge de sor Margarita Chétif, aunque no conocemos la fuente en la que se ha inspirado.
- ³⁴ CHARPY, Elisabeth. “*Contra viento y marea, Luisa de Marillac*”. Edita Compañía de las Hijas de la Caridad. Pág. 3.
- ³⁵ CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 22
- ³⁶ “*Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*” Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 803, Testimonio acerca de las virtudes de Luisa de Marillac por Bárbara Bailly, pág. 792.
- ³⁷ Había asistido también en 1605 a la solemne llegada de las monjas Carmelitas desde España que provocó un gran entusiasmo entre la gente. Su tío Miguel tuvo un gran protagonismo en ella. Sin embargo, el impacto que ese acontecimiento le produjo pasó desapercibido, sin dejar huella en los días de después.
- ³⁸ DIRVIN, Joseph. “*Santa Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1980. Pág. 31
- ³⁹ “*Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*” Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 803, Sobre las virtudes de Luisa de Marillac, relato de Bárbara Bailly. Pág. 813.
- ⁴⁰ CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 24.
- ⁴¹ GOBILLON, Nicolás. “*Vida de la Señorita Le Gras*”. Editorial CEME, Salamanca. Pág. 39.
- ⁴² CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 26.
- ⁴³ CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 27. MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Editorial CEME, Salamanca, 1995. Pág. 27-28.
- ⁴⁴ GOBILLON, Nicolás. “*Vida de la Señorita Le Gras*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pág. 39.
- ⁴⁵ CALVET, Jean. “*Luisa de Marillac*”. Editorial CEME, Salamanca, 1977. Pág. 28.
- ⁴⁶ Participaban en recepciones, en audiencias, en fiestas, bailes, recitales y otros actos en donde se reunía lo más selecto de Paris. Marcando y respetando las diferencias sociales entre nobleza y burguesía, los dos esposos eran invitados a los palacios de los grandes con motivos de fiestas familiares especiales; y ellos invitaban también a otros en su casa. A la sombra de los Marillac les era fácil ser reconocidos como su clientela. Éstos se relacionaban con ellos con actitud acogedora y cercana.
- ⁴⁷ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 827, pág.837-838
- ⁴⁸ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 835, pág.843.
- ⁴⁹ Francisco de Sales dio a la imprenta en 1616 su “*Tratado del Amor de Dios*”, libro que Luisa seguro que leyó nada más ponerse a la venta. Y por la influencia que tuvo entre la gente devota en la primera mitad del siglo XVII, tuvo que leer también la “*Regla de perfección*” de Benito de Canfield y una traducción de las “*Bodas espirituales*” de Ruysbroeck que se imprimió por esos años.
- ⁵⁰ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 809, pág.798.
- ⁵¹ MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Editorial CEME, Salamanca, 1995. Pág. 29.
- ⁵² “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 827, pág.837-838. Benito Martínez cree que ese sobrino pudo haberle echado en cara sus oscuros orígenes.
- ⁵³ MARTÍNEZ, Benito. “*Empeñada en un paraíso para los pobres*”. Editorial CEME, Salamanca, 1995. Pág. 41.
- ⁵⁴ IBAÑEZ, J.M. “*Vicente de Paül. Realismo y Encarnación*”. Editorial Sígueme, Salamanca, 1982, pág.148. Según Canfield, “imitar la vida y pasión de Jesucristo, equivale a sufrir y padecer en las persecuciones, sufrimientos y padecimientos de la vida, los de Nuestro Señor. De esta manera, el hombre renueva en él los sufrimientos de Jesucristo y Jesucristo padece en sus miembros”.
- ⁵⁵ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 829, pág.
- ⁵⁶ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 89, pág.798.
- ⁵⁷ RICHEMONT, Comtesse de. “*Histoire de Mademoiselle Le Gras*”. Poussielgue. Paris. 1883. Pág. 24.
- ⁵⁸ RICHEMONT, Comtesse de. “*Histoire de Mademoiselle Le Gras*”. Poussielgue. Paris. 1883. Pag. 25.
- ⁵⁹ IBAÑEZ, J.M. “*Vicente de Paül. Realismo y Encarnación*”. Editorial Sígueme, Salamanca, 1982, pág.148.
- ⁶⁰ SALES, Francisco. “*Introducción a la vida devota*”. Apostolado de la Prensa. Madrid. Pág. 10
- ⁶¹ RICHEMONT, Comtesse de. “*Histoire de Mademoiselle Le Gras*”. Poussielgue. Paris. 1883. Pag. 25.
- ⁶² ANCILLI, E. “*Diccionario de Espiritualidad*” Vol. I, palabra “Ascesis”. Editorial Herder, Barcelona, 1983. Pág. 172.
- ⁶³ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 830, pág. 840.
- ⁶⁴ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 829, pág. 839-840.

- ⁶⁵ Juan de la Cruz alude a estos mismos síntomas. Declara que las personas que van entrando en la noche mística, renuncian, por la mortificación, a cualquier gusto de los sentidos por amor a Jesucristo, conformando la vida con la suya⁶⁵. También llega a decir que los que comienzan a caminar por esta noche, “*tienen su deleite en pasar largos ratos en oración, y por ventura las noches enteras; sus gustos son las penitencias, sus contentos los ayunos*”⁶⁵. Dice que *se entristecen demasiado con sus faltas y se enojan contra sí mismos*, con ansias de que Dios les quite sus imperfecciones⁶⁵; “*que no hallan gusto ni consuelo en las cosas de Dios ni en las creadas, porque Dios las pone en esta noche a fin de enjugarles y purgarles el apetito sensitivo*”⁶⁵; que piensan que todo consiste en “*hallar gusto y devoción sensible*” y cuando esto no se da, “*se desconsuelan mucho*”; que “*la causa de la sequedad está en que la parte sensitiva no tiene habilidad para lo que es puro espíritu*”⁶⁵ y que muchos de los principiantes tienen “*avaricia espiritual. Andan muy desconsolados y quejosos porque no hallan el consuelo que querrían en las cosas espirituales. Muchos no acaban de oír consejos y aprender preceptos espirituales y tener y leer muchos libros que traten de eso*”⁶⁵.
- ⁶⁶ LUISA DE MARILLAC. “*Cartas y escritos espirituales*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Carta 609, pág. 556.
- ⁶⁷ LUISA DE MARILLAC. “*Cartas y escritos espirituales*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Escrito 1, nº 1, pág. 665
- ⁶⁸ *La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 832, pág. 841.
- ⁶⁹ *La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 833, pág. 842.
- ⁷⁰ LUISA DE MARILLAC. “*Cartas y escritos espirituales*”. Ed. CEME, Salamanca, 1985. Escrito 3, nº 5, 6 y 7. Pág.666-667
- ⁷¹ SAN JUAN DE LA CRUZ. “*Obras completas*”. Ed.de Espiritualidad, Madrid, 1993. “*Noche oscura*”. Libro 1, Capítulo 12, nº 4
- ⁷² LUISA DE MARILLAC. “*Cartas y escritos espirituales*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Carta 345. Ver también Carta 128.
- ⁷³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. Nº 1972
- ⁷⁴ Ver LUISA DE MARILLAC. “*Cartas y escritos espirituales*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Escrito 3, nº 6. Pág. 667. Y *La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 837, pág. 844.
- ⁷⁵ GOBILLON, Nicolas. “*Vida de la Señorita Le Gras*”. Editorial CEME, Salamanca, 1991. Pág. 49
- ⁷⁶ *La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*. Editorial CEME, Salamanca, 2003. Documento 842, pág. 848.
- ⁷⁷ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y escritos*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Carta 2, pág. 18.
- ⁷⁸ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y escritos*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Escrito 7, nº 18-22.
- ⁷⁹ Mateo 22, 36-40.
- ⁸⁰ SALES, Francisco. “*Introducción a la vida devota*” Ediciones Palabra, Madrid, 2014. Págs. 34-35.
- ⁸¹ Juan 15, 9-17. “*No me habéis elegido vosotros a mí; soy yo quien os he elegido*”. Y 1ª Juan 4, 10: “*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en el Él no amó primero*”
- ⁸² MARTÍNEZ, Benito. “*San Vicente de Paul, la inspiración permanente*”. Editorial CEME, Salamanca, 1982. Pág. 327.
- ⁸³ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y escritos*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Carta 122.
- ⁸⁴ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y escritos*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Carta 162.
- ⁸⁵ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Documento 822, pág. 819
- ⁸⁶ COSTE, P. “*Obras completas*”, Tomo IX. Ed. Sígueme, Salamanca, 1972. Conferencia nº 24, pág. 233. SANTA LUISA DE MARILLAC, *Correspondencia y escritos*. Ed. CEME, Salamanca. E. 3, nº 6.
- ⁸⁷ “*La Compañía de las Hijas de la Caridad en sus orígenes. Documentos*”. Documento 837, pág. 844. La carta es del 26 de julio, quizá de 1625, cuando Luisa, probablemente comenzó a entrevistarse con Vicente.
- ⁸⁸ COSTE, P. “*Obras completas*” Tomo I. Ed. Sígueme. Salamanca, 1982. Cartas 12 y 13.
- ⁸⁹ COSTE, P. “*Obras completas*” Tomo I. Ed. Sígueme. Salamanca, 1982. Carta 55 y 102.
- ⁹⁰ COSTE, P. “*Obras completas*” Tomo I. Ed. Sígueme. Salamanca, 1982. Carta 41.
- ⁹¹ COSTE, P. “*Obras completas*” Tomo I. Ed. Sígueme. Salamanca, 1982. Carta 55.
- ⁹² COSTE, P. “*Obras Completas. San Vicente de Paúl*” SÍGUEME. Salamanca. Tomo I. Cartas 12, 15, 41, 55 y 102.
- ⁹³ COSTE, P. “*Obras Completas. San Vicente de Paúl*” SÍGUEME. Salamanca. Tomo I. Cartas 41.
- ⁹⁴ COSTE, P. “*Obras completas*” Ed. Sígueme. Salamanca. Tomo I, carta 12
- ⁹⁵ Mc 1, 11. COSTE, P. “*Obras completas*” Tomo I. Ed. Sígueme. Salamanca, 1982. Carta 102.
- ⁹⁶ COSTE, P. “*Obras completas*” Ed. Sígueme. Salamanca. Tomo IX, Conferencia nº 41 del 19 de septiembre de 1649, pág. 629.
- ⁹⁷ COSTE, P. “*Obras completas. San Vicente de Paúl*” SÍGUEME. Salamanca. Tomo I. Cartas 139
- ⁹⁸ COSTE, P. “*Obras completas*” Ed. Sígueme. Salamanca. Tomo I, cartas 41 y 55.
- ⁹⁹ COSTE, P. “*Obras completas*” Ed. Sígueme. Salamanca. Tomo I, carta 26
- ¹⁰⁰ Ver COSTE, P. “*Obras completas*” Tomo I. Ed. Sígueme, Salamanca, 1972. Cartas 23 y 49.
- ¹⁰¹ Ver COSTE, P. “*Obras completas*” Tomo I. Ed. Sígueme, Salamanca, 1972. Cartas 23, 41, 49, 73, 101, 104, 117, 140, 146. Y SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y escritos*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Escrito 7, nº 20; E.10, nº 29 y E.22, nº 66.
- ¹⁰² SAN VICENTE DE PAÚL. “*Obras completas*” Editorial Sígueme, Salamanca, 1982. Tomo I. Cartas 41 y 73.
- ¹⁰³ SAN VICENTE DE PAÚL. “*Obras completas*” Editorial Sígueme, Salamanca, 1982. Tomo I. Cartas 66, 140, 146.
- ¹⁰⁴ SAN VICENTE DE PAÚL. “*Obras completas*” Editorial Sígueme, Salamanca, 1982. Tomo I. Carta 102.
- ¹⁰⁵ SAN VICENTE DE PAÚL. “*Obras completas*” Editorial Sígueme, Salamanca, 1982. Tomo I. Carta 104.
- ¹⁰⁶ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y escritos*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Escrito 22, nº 67 y Carta 348.
- ¹⁰⁷ “*SANTA LUISA DE MARILLAC Correspondencia y Escritos*”. CEME. Salamanca. 1985. E. 22 (A.5) Pág. 689
- ¹⁰⁸ “*SANTA LUISA DE MARILLAC Correspondencia y Escritos*”. CEME. Salamanca. 1985. E. 22 (A.5) Pág. 689
- ¹⁰⁹ COSTE, P. “*Obras Completas. San Vicente de Paúl*” SÍGUEME. Salamanca. Tomo I. Cartas 28, 38, 52, 62, 94 y “*SANTA LUISA DE MARILLAC Correspondencia y Escritos*”. CEME. Salamanca. 1985. E. 23 (A.8) Pág. 693
- ¹¹⁰ COSTE, P. “*Obras Completas. San Vicente de Paúl*” SÍGUEME. Salamanca. Tomo I. Cartas 90 y 113.
- ¹¹¹ COSTE, P. “*Obras Completas. San Vicente de Paúl*” SÍGUEME. Salamanca. Tomo I. Carta 98.
- ¹¹² SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y Escritos*”. CEME. Salamanca. 1985. E.10 (A. 7); E. 22 (A.5); E.23 (A.8). Págs. 6675, 689 y 693. COSTE, P. “*Obras Completas. San Vicente de Paúl*” SÍGUEME. Salamanca. Tomo I. Cartas 66, 75, 77, 114y 117.
- ¹¹³ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y Escritos*”. CEME. Salamanca. 1985. E. 55, nº 181
- ¹¹⁴ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y Escritos*”. CEME. Salamanca. 1985. E. 23 (A.8) Pág. 693 y SAN FRANCISCO DE SALES “*Tratado del Amor de Dios*” Libro VIII, Capítulo I.
- ¹¹⁵ COSTE, P. “*Obras completas*”. Tomo IX. Ed. Sígueme, Salamanca, 1972. Conferencia 119, Pág. 1235
- ¹¹⁶ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y escritos*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Escrito 14, nº 39.
- ¹¹⁷ SANTA LUISA DE MARILLAC. “*Correspondencia y escritos*”. Editorial CEME, Salamanca, 1985. Escrito 13, nº 38.
- ¹¹⁸ COSTE, “*Obras completas, Tomo III. Ed. Sígueme, Salamanca, 1975. Carta 1044, pág. 234*
- ¹¹⁹ EQUIPE D’ANIMATION VINCENTIENNE. “*Fiches vincentiennes*”. Toulouse. Cahier 51.

Sesión de Hermanas de 25 a 40 años de vocación

**La vida fraterna,
un testimonio atrayente y luminoso**

Introducción

¡Buenos días a todas! Me siento muy contenta de estar con ustedes durante este día para compartir en torno al tema que se me ha pedido «la vida fraterna, un testimonio atrayente y luminoso». Es una verdadera llamada que el Papa Francisco ha lanzado a todas las comunidades y que el equipo de preparación ha retenido para hacerse eco de ella con ustedes en el marco de esta sesión.

Para nosotras, hoy, este tema va a permitirnos recentrarnos en los puntos fuertes de nuestra espiritualidad, porque cuanto más vivamos en coherencia con nuestra vocación, más felices seremos, más «transpirará» Dios a través de todo nuestro ser, más resplandeceremos. En efecto, el Papa nos pone ante el desafío de una vida fraterna auténtica que manifieste la alegría de creer en el Dios de Jesucristo, de una vida fraterna a imagen de la Trinidad que manifieste la unión de los corazones, de una vida fraterna al servicio de los más pequeños que manifieste una atención amorosa, de una vida fraterna renovada sin cesar en el espíritu de las bienaventuranzas.

Esta mañana les propongo, bajo forma de 4 desafíos entre otros, un camino que nos dará la ocasión de visitar rápidamente los fundamentos de nuestra vocación desde el ángulo de la vida fraterna. Estos 4 desafíos podrán ser una oportunidad de confrontación con la experiencia personal de ustedes, con su camino, y suscitar (yo lo anhelo) un deseo renovado de fidelidad con el fin de ofrecer «*un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente*» como nos invita a ello el Papa (Evangelii gaudium 99).

4 desafíos que afrontar para «llegar a ser lo que estamos llamadas a ser» como decía la Madre Guillemin. 4 desafíos para alimentar y sostener el deseo de fidelidad, ¿no es adentrarse cada vez más en un proceso de crecimiento?

1 – El desafío de una comunidad enraizada en Dios, misterio de Fe

Una vida fraterna enraizada en Dios, el Dios de Jesucristo que busca siempre su voluntad irradia la alegría de creer.

2 – El desafío de una comunidad a imagen de la Trinidad, misterio de comunión

Una vida fraterna a imagen de la Trinidad, que cultiva relaciones de reciprocidad irradia la comunión.

3 – El desafío de una comunidad comprometida al servicio de los más frágiles, misterio de fraternidad

Una vida fraterna en la que el pobre está en el centro, que llama a una mirada de fe y a una verdadera cercanía irradia el respeto por la dignidad del más humilde.

4 – El desafío de una comunidad animada por el espíritu de las bienaventuranzas, misterio de santidad

Una vida fraterna dinamizada por el espíritu de las bienaventuranzas, que suscita disponibilidad, generosidad, audacia, irradia una caridad sin fronteras.

I - UNA COMUNIDAD ENRAIZADA EN DIOS, MISTERIO DE FE

1^{er} desafío: para que nuestra vida fraterna sea atrayente y luminosa, esto supone que esté enraizada en Dios, el Dios de Jesucristo. Una vida fraterna que tiene su fundamento en la libre y gratuita iniciativa de Dios, misterio de fe.

La vida fraterna en común pertenece al proyecto de Dios

Para comenzar, recordemos esta afirmación expresada *en n° 1 y en el 7a* del documento de la vida fraterna en comunidad «... antes de ser un proyecto humano, la vida fraterna en común forma parte del proyecto de Dios, que quiere comunicar su vida de comunión... El amor de Cristo ha reunido a un gran número de discípulos para llegar a ser una sola cosa, a fin de que en el Espíritu, como Él y gracias a Él, pudieran responder al amor del Padre a lo largo de los siglos, amándolo "con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas" (Dt 6,5) y amando al prójimo "como a sí mismos" (Mt 22,39) ». Dicho de otra manera « no me elegisteis vosotros a mí, soy yo quien os he elegido ».

Por otra parte, es bueno precisar también que la vida fraterna es para nosotras un componente de nuestra vocación de HHC querida por Dios, que no es un fin en sí misma, sino un misterio de fe y de comunión, orientada totalmente hacia el servicio de los pobres ; nuestras primeras Reglas lo formulan muy claramente « ... *Llamadas y reunidas por Dios para honrar a Jesucristo como manantial y modelo de toda caridad, sirviéndole corporal y espiritualmente en la persona de los pobres* » (Reglas comunes,1,1).

Crear en el Dios de Jesucristo moldea nuestra vida fraterna

El amor de Dios se manifiesta en su más alta expresión en el don que el mismo Jesús hace de su propia vida; nuestra vida fraterna, ¿va hasta el don de nosotras mismas por el bien del otro? ¿Da testimonio de un Dios que se deja tocar por el hombre, que está apasionado por él y quiere salvarlo? Su amor se revela en el corazón traspasado de Jesús, manantial de vida nueva. Nuestra vida fraterna, ¿repone sus fuerzas en este corazón de Jesús? Él se comunica a todos en el don del Espíritu. Nuestra vida fraterna, ¿está fortalecida por este don del Espíritu? Jesús se recibe en cada Eucaristía. Nuestra vida fraterna, ¿se alimenta de su vida? Amor a Dios y amor a los hombres están profundamente unidos. Comulgar a Cristo, es comulgar a todos los

hombres a los que Dios ama. Con Él, hacerse el prójimo de todo hombre es revelar a través de la propia vida esta ternura de Dios por el hombre.

Creer en el Dios de Jesucristo en un mundo interreligioso

En nuestra sociedad multicultural en la que el pluralismo religioso forma parte de nuestra vida cotidiana, en la que oímos hablar de «Dios en plural», las múltiples maneras de creer nos obligan a profundizar en nuestra propia fe cristiana, a alimentarla, a compartirla con otros cristianos, a actualizarla en nuestros comportamientos habituales, en nuestros compromisos, a dar cuenta de ella claramente para vivir, por ejemplo, un diálogo interreligioso constructivo. Con ocasión del año de la Misericordia, el papa Francisco lo expresaba así «que este Año Jubilar vivido en la misericordia pueda favorecer el encuentro con estas religiones (el judaísmo y el Islam) y con las otras nobles tradiciones religiosas. Que nos haga más abiertos al diálogo para conocerlas y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación» (*El rostro de la Misericordia*, 23).

Creer en el Dios de Jesucristo, en una sociedad fragmentada

Por otra parte, hemos de constatar que nadamos en una sociedad fragmentada, un ambiente consumista, e incluso de sospecha, en la que a menudo Dios es el gran ausente, en la que diversas corrientes filosóficas e ideológicas echan por tierra nuestras convicciones e incluso las ponen en tela de juicio. Esta realidad nos obliga a un discernimiento espiritual continuo para permanecer atentas a las nuevas problemáticas, para no adentrarnos en la confusión, la amalgama o el endurecimiento. Un discernimiento que no se reduce solamente a una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir con confianza al Espíritu Santo y esforzándonos al mismo tiempo en desarrollarlo por medio de la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, como nos invita a ello nuestro Papa actual (*Gaudete et exultate*, 166 y 170).

Nuestro testimonio comunitario, nuestra vida fraterna, ¿dará ganas a aquellos con los que nos relacionamos de descubrir a este Dios amor en el que nosotras creemos, Aquel que da sentido a nuestra vida, nos hace existir, nos colma y quiere la felicidad de todos sus hijos sin excepción? Nuestra Fe en un Dios Padre, en un Dios Amor, da forma a toda nuestra existencia; nuestra vida fraterna será verdaderamente un testimonio ofrecido a todos si estamos cada vez más convencidas como santa Luisa «*del Amor de Dios hacia los hombres, que le ha llevado a querer que su Hijo se hiciera hombre, porque pone sus delicias en estar con los hijos de los hombres y para que acomodándose al estilo de los hombres, les diese todos los testimonios que su vida humana contiene de que Dios les ha amado desde toda la eternidad*» (Santa Luisa, E. 105, El puro amor consagrado a Dios, p. 822)

Sí, estamos llamadas efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó, como decía Benedicto XVI en *Porta fidei* (Benedicto XVI, *Porta fidei*, 6).

Creer en el Dios de Jesucristo, es caminar con Él

Sabemos por experiencia que tomar un camino, en lugar de otro, se deriva siempre de una elección. Cuando se trata de seguir a Jesucristo, esta elección es también un riesgo. Porque si Dios fuera una evidencia, estaríamos casi forzados a caminar detrás de Él. Es lo contrario lo que se produce: Dios hace señas discretamente y nos deja libres para reconocer su presencia y para caminar humildemente con Él cada día. Y seguir a Jesús no es solamente caminar a su lado por el camino. Es caminar con Él, por Él y en Él. El mismo Jesús dijo «Yo soy el camino». Seguirle, ¿no es hacer la experiencia de no ser más que uno con Él, con su voluntad? Es la misma experiencia de santa Luisa, con ocasión de unos Ejercicios Espirituales en 1632, cuando escribía «*Señor Jesús, Tú has querido unirte estrechamente a nosotros por amor. Yo tengo una gran confianza y seguridad en que tu gracia me bastará para efectuar tu santa voluntad, aunque aparezca en cosas difíciles. Tengo plena confianza en que, en aquello a lo que quieras llamarme, tu designio se cumplirá para la mayor gloria de Dios, con tal de que yo me deje guiar*». (LM, 712 « Prier avec Louise de Marillac » Elisabeth Charpy, p. 37)

Constatamos también que la fe crece cuando se vive como una experiencia de un amor recibido y cuando se comunica como experiencia de gracia y de alegría. «La fe nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar testimonio fecundo» decía también Benedicto XVI (*Porta fidei*, 7)

Nuestra vida fraterna en comunidad será entonces un testimonio luminoso y atrayente en la que medita en que vivamos cada vez más en coherencia con el espíritu de nuestras Constituciones « *las HHC aspiran a vivir en diálogo continuo con Dios, poniéndose en sus manos con una actitud de confianza filial en su Providencia. Contemplan a Cristo en el anonadamiento de su Encarnación Redentora, maravillándose de que « Dios, en cierto modo, no pueda o no quiera ya nunca estar separado del hombre*». De Él aprenden a revelar a sus hermanos y hermanas el Amor de Dios por el mundo, especialmente por los pobres... Se esfuerzan en ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu, convencidas de que llegarán a ser instrumentos de sus obras sólo en la medida en que le sean fieles (C.17 p.42)

Así, vivir en la fe en Cristo, es renovar sin cesar nuestro deseo de estar con Él, para vivir con Él. La fe viva es verdaderamente un acto permanente de nuestra libertad que compromete nuestra responsabilidad a todos los niveles y por eso necesitamos el don del Espíritu Santo según nuestro carisma, «depende del Espíritu Santo es dejarle crear en sí mismo la semejanza con Cristo, manso y humilde de corazón» (C.18 p. 43). Nuestra Fundadora era muy consciente de ello: «*Necesito practicar una gran humildad y desconfianza en mí misma, abandonándome continuamente en la Providencia e imitar tanto como pueda a Nuestro Señor que vino a la tierra para cumplir la santísima voluntad de Dios, su Padre*». (Santa Luisa, E. 66 Abandono en la Providencia, p. 772)

Crear en el Dios de Jesucristo, es un combate

Así pues, es esencial alimentar la propia fe, porque sólo las convicciones no bastan, todas tenemos esa experiencia. La vida cristiana y nuestra vida de Hija de la Caridad más precisamente, es un combate permanente. Hace falta fuerza y valentía para resistir a las tentaciones del Maligno y anunciar el Evangelio. Para ello, tenemos numerosos medios a nuestra disposición y nuestras Constituciones están ahí para comprometernos a ello. Las modalidades son múltiples y su importancia tiene en cuenta las realidades y necesidades

personales, comunitarias y misioneras. Entrar en este combate para hacer que gane el amor de Dios, es del orden de lo cotidiano, que concierne a nuestra fidelidad a la cita con el Señor. San Vicente invita a las primeras Hermanas con vigor: «*Mis queridas hermanas, es preciso que vosotras y yo tomemos la resolución de no dejar de hacer oración todos los días. Digo todos los días, hijas mías; pero, si pudiera ser, diría más: no la dejemos nunca y no dejemos pasar un minuto de tiempo sin estar en oración*» (San Vicente, 31 de mayo de 1648, Sobre la oración, IX/1, 386; C. 20 p. 49).

Y hoy es bueno escuchar al Papa Francisco que nos exhorta con una misma energía «es el deseo de Dios que no puede dejar de manifestarse de alguna manera en medio de nuestra vida cotidiana: Procure ser continuo en la oración, y en medio de los ejercicios corporales no la deje...» y más adelante, añade «no obstante, para que esto sea posible, también son necesarios algunos momentos sólo para Dios, en soledad con Él» (*Gaudete et exsultate*, 148).

Afrontaremos este 1^{er} desafío siendo una comunidad que irradie la alegría de la Fe. La alegría y la fe son dos realidades profundamente unidas. La fe llena el corazón de alegría y conduce a la acción de gracias y a la alabanza. La alegría sobreviene cuando alguien se da cuenta de que es amado por Dios. Una persona de fe irradia la alegría, incluso en medio del dolor y de la contradicción, mantiene su alegría en la adversidad y da gracias a Dios. La fe nos permite superar las dificultades con serenidad y transformar el sufrimiento en ofrenda, en alegría. La fe lleva a vivir en una acción de gracias continua, a admirar lo que hay de bello y de bueno, a reconocer lo positivo y bendecir a Dios en todo y por todo. La alegría de la fe es una gran fuerza misionera y suscita interrogantes.

Algunas preguntas:

- ¿Cómo irradiamos la alegría de la fe? ¿Es luminosa para quien busca o está perdido en medio de las tinieblas de hoy?
- ¿Dedicamos tiempo a alimentar nuestra fe, a profundizarla, a renovar nuestras convicciones?
- ¿Somos capaces de verdadero diálogo con los otros, de reconocer las semillas del Verbo presentes en su vida?

II - UNA COMUNIDAD A IMAGEN DE LA TRINIDAD, MISTERIO DE COMUNIÓN

2^o desafío: para que nuestra vida fraterna se inscriba en el proyecto de Dios y sea atrayente y luminosa, esto supone que nuestra vida fraterna se enraíce en la Vida trinitaria. Una vida fraterna a imagen de la Trinidad que cultiva relaciones de reciprocidad irradia este misterio de comunión. (*Evangelii gaudium* n° 117, 121, n° 87 – *Vita Consecrata* n° 51, 41, 42, 21, 19, 46 ; C .17c)

Creados para la comunión

Para abordar el 2^o desafío, es importante volver a escuchar esta convicción esencial, fundamental, que somos seres creados para la comunión, comunión con Dios, comunión con nuestros hermanos. Así, en el documento “La vida fraterna en comunidad” se precisa: «Al crear al ser humano a su imagen y semejanza, Dios lo ha creado para la comunión...Él se ha revelado

como Amor, Trinidad, comunión, ha llamado al hombre a una íntima relación con Él, así como a la comunión interpersonal y a la fraternidad universal» (*La vida fraterna en comunidad*, 9).

Pero sabemos también que esta comunión a la que estábamos llamados, desgraciadamente se ha visto comprometida por el pecado que ha roto todas las relaciones: entre el género humano y Dios, entre el hombre y la mujer, entre los hermanos, entre los pueblos, entre la humanidad y la creación. Sin embargo, gracias al inmenso amor de Dios, nos dice san Pablo, el Padre ha enviado a su Hijo para restaurar la creación entera y llevarla a su perfecta unidad y para que la venida del Espíritu Santo, primer don hecho a los discípulos reunidos en el cenáculo con María, realice la unidad querida por Cristo «no teniendo más que un solo corazón y una sola alma». De ahora en adelante, un camino de fraternidad y de comunión acababa de abrirse con los apóstoles, se hacía posible oír: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros" (Jn 13, 34)

Una vida fraterna, llamada de Dios

Esta llamada la hemos oído como bautizadas, pero más radicalmente en el corazón mismo de nuestra vocación. En efecto, estamos «llamadas y reunidas» para ser de alguna manera esas «expertas en comunión», testigos y artesanas de este proyecto de comunión que se encuentra en la cumbre de la historia del hombre según el proyecto de Dios. Esta comunión que es un don, don del Espíritu Santo que se recibe y se inscribe en el misterio de comunión que es la Iglesia. Así, como está escrito en *Vita consecrata* «la vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas» (*Vita consecrata*, 41).

Es alentador, al abordar este segundo desafío, escuchar a san Vicente decirnos «*es Dios el que ha querido esta Compañía de hermanas de diferentes países para que todas ellas no fuesen más que un solo corazón*» (San Vicente conf. 13 de febrero de 1646 – IX/1, 235). «*La unión me parece que es la imagen de la santísima Trinidad. Las tres personas no son más que un solo y mismo Dios; están unidas desde toda la eternidad por el amor. De esta forma nosotras no tenemos que ser más que un solo cuerpo en varias personas, unidas juntamente con vistas a un mismo fin, por amor a Dios*». (San Vicente, 26 de abril de 1643, Sobre la unión de los miembros de la comunidad, IX/1, 107).

Una vida fraterna, don del Espíritu

Es verdad que no se puede comprender la comunidad sin partir de esta realidad de que es un don de Dios, sin partir de su misterio, de su enraizamiento en el corazón mismo de la Santa Trinidad. Por eso estamos convencidas, como nos invita a ello el último Documento Inter-Asambleas, de la necesidad de acudir constantemente al Evangelio para dejarnos transformar por Cristo día tras día (DIA, p.9).

Dado el enraizamiento místico de la comunidad, ésta aparece en sí misma como una realidad teológica. Si se olvidara esta dimensión mística y teológica, se llegaría inevitablemente

a olvidar también las razones profundas para vivir en comunidad, para construir pacientemente la vida fraterna. Si olvidáramos que es el mismo Cristo quien nos llama y quien nos invita cada día para hablarnos, unirnos a Él y unirnos en la Eucaristía, la construcción de la vida fraterna sobrepasaría nuestras fuerzas humanas; no podríamos ser su Cuerpo vivo y visible, animado por el Espíritu, en camino hacia el Padre y hacia los otros. «El Espíritu es la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia» recordaba Benedicto XVI (*Deus Caritas*, 19).

Por eso, para entrar en el misterio de la comunión y de la fraternidad, tenemos que invocar humildemente al Espíritu Santo para que realice lo que Él solo puede realizar: *"Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios"* (Ez 36, 26-28).

El papa Francisco insiste fuertemente en este punto «Es el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien transforma nuestros corazones y nos hace capaces de entrar en la comunión perfecta de la Santísima Trinidad, donde todo encuentra su unidad. Él construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios. El mismo Espíritu Santo es la armonía, así como es el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. Él es quien suscita una múltiple y diversa riqueza de dones y al mismo tiempo construye una unidad que nunca es uniformidad sino multiforme armonía que atrae». (*Evangelii gaudium*, 117)

Una vida fraterna, testimonio de comunión.

¿Quizás no somos siempre lo bastante conscientes de esta fuerza profética que surge de la vida fraterna? En efecto, la vida fraterna da testimonio de un Dios que es comunión y que crea la comunión de las personas. Es el «*mirad cómo se aman*» del Evangelio.

Por supuesto, la Compañía nació para el servicio de Cristo en los pobres, pero evangeliza en primer lugar a través de su «ser». El testimonio de la comunión fraterna es esencial para nuestra misión. La comunión de los corazones es misionera en sí misma. «*Tú ves a la Trinidad cuando ves la caridad*» escribía san Agustín. Los vínculos son del orden de la comunión de los corazones, de la confianza, de la acogida y del apoyo. Santa Luisa lo expresaba así «*Recordarán que las verdaderas Hijas de la Caridad, para cumplir lo que Dios pide de ellas, deben ser como una sola y puesto que la naturaleza corrompida nos ha despojado de esa perfección, separándonos por el pecado de nuestra unidad que es Dios, debemos, para asemejarnos a la Santísima Trinidad, no ser más que un corazón y no actuar sino con un mismo espíritu como las tres divinas Personas, de tal suerte que cuando la Hermana que está con los enfermos pida la ayuda de su Hermana, la Hermana que está para la instrucción de las niñas no dejará de ayudarla, e igualmente si la que está encargada de las niñas le pide ayuda a la de los pobres, ésta hará otro tanto, no considerando uno y otro empleo sino como cosa de Dios y teniéndose ambas por escogidas por la Providencia para obrar unánimes y unidas ; por lo tanto, nunca se habrá de oír : eso es tarea suya y no mía »* (Santa Luisa, E.55, Instrucciones a las Hermanas enviadas a Montreuil 1647, p. 758).

¿No es por esta razón por lo que la vida espiritual debe estar en el primer lugar en nuestra vida de HHC, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas

esperanzas del mundo? (*Novo Milenio Ineunte*, 43)? En la dinámica comunitaria, es Cristo quien sigue siendo, en su misterio pascual, el modelo según el cual se construye la unidad. El mandamiento del amor mutuo tiene en Él su origen, su modelo y su medida: debemos amarnos como Él mismo nos ha amado. Un amor que se olvida de sí mismo es para nosotras un verdadero camino de conversión del que hacemos cotidianamente la experiencia.

Santa Luisa, conociendo bien la naturaleza humana, daba algunos consejos para animar a la estima que conduce a la comunión fraterna y a la edificación del prójimo «... *si nos acostumbremos a estimar a nuestras Hermanas y a hablar bien de ellas, se creará en la Compañía el espíritu de unión, de cordialidad, de verdadera caridad, como parece ha sido el designio que Dios tuvo al formarla. Uno de los medios para adquirir esta costumbre es que trabajemos por llegar a un verdadero conocimiento de nosotras mismas, mediante la experiencia de nuestras faltas ordinarias. Otro es el de separar siempre los pequeños defectos que se advierten en los demás, de la persona, suspendiendo nuestro juicio y excusando los primeros movimientos como queremos que se excusen los nuestros, soportándonos por amor de Dios*» (Santa Luisa, E. 64, Pensamientos sobre la estima en que ha de tenerse a las Hermanas, p. 770).

Una vida fraterna, acogida de las diferencias.

Estamos convencidas de que la comunión es un don que se nos regala, pero requiere una respuesta, un paciente aprendizaje y un combate para superar lo que nuestros deseos pueden tener de demasiado instintivo y cambiante. En efecto, en una comunidad, no elegimos con quien vivimos, y nos encontramos con personas diferentes por el carácter, la edad, la formación, la sensibilidad, la cultura y, sin embargo, buscamos vivir en ella como Hermanas. El ideal comunitario comporta necesariamente la conversión de toda actitud que obstaculizaría la comunión. Así, san Vicente estimulaba a las Hermanas a «*mirar a Dios en la persona de nuestras hermanas...*» Pero también a la perseverancia «*ved la obligación que tenéis de esforzaros, durante toda vuestra vida, en la adquisición y en la práctica de estas dos virtudes (respeto y mansedumbre) para ser verdaderas Hijas de la Caridad*» (San Vicente, 19 de agosto de 1646, Sobre la práctica del respeto mutuo y de la mansedumbre, IX/1,255). Por su lado, santa Luisa las exhortaba a mantener una relación cordial: «*cuiden bien de estar muy agradecidas a Dios con la práctica de las virtudes que Él pide de ustedes, sobre todo una gran cordialidad y buena inteligencia entre las dos. ¿Estoy equivocada en recomendarles esta virtud sin la que no podrían no ya ser buenas Hijas de la Caridad, sino ni siquiera buenas cristianas?* »¹¹⁹. (Santa Luisa, C. 316, a mis queridas Hermanas Claudia Brígida, Genoveva Doinel en Chantilly, p. 309).

Actualmente, nuestras Constituciones son nuestro vademecum. (C. 19 a 23), camino concreto que nos invita a desarrollar esta vida fraterna de calidad. ¿Dónde estamos? Concretamente, ¿amo en Dios y con Dios a la Hermana por la que siento menos simpatía? Esto sólo puede realizarse a partir del encuentro íntimo con el Señor, un encuentro íntimo que habrá llegado a ser comunión de voluntad para llegar hasta tocar mi sentimiento. Aquí, yo aprendo a mirar a mi Hermana, ya no solamente con mis ojos y mis sentimientos, sino según la perspectiva de Cristo. ¡Su amigo y mi amigo! Más allá de la apariencia exterior del otro, está su expectativa

interior de un gesto fraterno, de un gesto de atención, que yo no le doy solamente a través de reflejos de cortesía. Yo veo con los ojos de Cristo y puedo dar a la otra mucho más que las cosas que ella necesitaría, puedo darle la mirada de amor que ella necesita.

- Es desde esta óptica desde donde ustedes pueden revisitar, por ejemplo, la oración en común y la oración personal comprendida como un tiempo de encuentro con el Señor para que Él pueda actuar en ustedes, colme su vida, las guíe, y toda la existencia de ustedes pueda pertenecerle.

- La Eucaristía, "cumbre y origen" de nuestra vida y de nuestra misión, indispensable para construir la comunión de los corazones y contribuir al crecimiento en la fraternidad, ¿cómo somos fieles a ella?

- La Lectio divina para alimentar, fortalecer, renovar nuestro espíritu y nuestras vidas y construir la comunidad en torno a la Palabra de Dios, ¿cómo la practicamos?

- Los intercambios comunitarios bajo todas las formas, momentos de verdad necesarios para desarrollar la calidad de las relaciones, ¿dónde nos encontramos?

- La reconciliación, fuente de conversión personal y comunitaria para contribuir a restablecer la unidad de la comunidad, ¿pedimos perdón fácilmente? «El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza» (*El rostro de la misericordia*, 10)

Así pues, la vida fraterna, misterio de comunión, consiste, ante todo, en una mirada del corazón dirigida al misterio de la Trinidad que habita en nosotras, y cuya luz debe también percibirse en el rostro de las Hermanas que están a nuestro lado. Por lo tanto, la vida fraterna es una llamada permanente a la adaptación, a la conversión. Se inscribe en un proceso de crecimiento y este proceso permanece en movimiento porque la comunión nunca se adquiere de una vez por todas, se transforma a lo largo de la existencia. El amor crece por medio del amor. El amor, lo hemos visto, es divino, porque viene de Dios y nos une a Dios, y a través de este proceso de unificación, nos transforma en un «Nosotros» que supera nuestras decisiones y no hace llegar a ser uno, hasta que, al final, Dios sea «todo en todos» (1 Co 15, 28).

Y para animarnos a afrontar este segundo desafío, acojamos y hagamos nuestra la oración de nuestro Fundador: «*Que la bondad de Dios, principio de la verdadera unión, os conceda la gracia de evitar todos los males que la desunión pueda causar y os mantenga siempre en perfecta unión con él, con el prójimo por medio de una buena caridad, y con vosotras mismas por la mortificación de vuestros sentidos y de vuestras malas costumbres; todo ello para su gloria. ¡Qué Dios os bendiga!*» (San Vicente, 26 de abril de 1643, Sobre la unión entre los miembros de la Comunidad, IX/1, 119)

Algunas preguntas :

- ¿Cómo vivimos esta convicción de que la vida fraterna es un don de Dios?
- ¿Nuestra vida fraterna está verdaderamente enraizada en la vida trinitaria?
- ¿Nuestra vida fraterna está animada por una espiritualidad de comunión?

-
- ¿La « mística » del vivir juntas se transmite hacia fuera?

III - UNA COMUNIDAD COMPROMETIDA EN EL SERVICIO DE LOS MÁS FRÁGILES, MISTERIO DE FRATERNIDAD.

3^{er} desafío: para que nuestra vida fraterna manifieste la misericordia de Dios y sea atrayente y luminosa, esto supone un amor gratuito, incondicional, por los más débiles, una auténtica cercanía. Una Mirada de fe y puesta en práctica del amor según la C. 16b.

Una vida fraterna misionera

Abordamos este 3^{er} desafío con una afirmación central del documento sobre la Vida consagrada. Ella nos sitúa en el corazón mismo del designio de Dios, «A imagen de Jesús, el Hijo predilecto « a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo» (Jn 10, 36), también aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son consagrados y enviados al mundo para imitar su ejemplo y continuar su misión» (*Vita consecrata*, 72).

Por eso, después de haber evocado la necesidad vital de estar unidas a Dios, de estar en comunión profunda con Él, para que una vida fraterna de calidad a imagen de la Trinidad sea misionera, estamos llamadas a manifestar el amor de Dios; somos enviadas, en su Nombre, para ser su ternura, su presencia entre aquellos y aquellas que sufren, siguiendo a Cristo servidor y evangelizador.

San Vicente expresaba esta unidad dinámica a las primeras Hermanas «*un alma buena de verdad, que ama mucho a Nuestro Señor y a la santísima Virgen, que no mira ninguna otra cosa en cuanto hace más que agradar a Jesucristo, es como una llama de amor que penetra en el corazón de aquellos a quienes habla ... Porque mirad, mis queridas hermanas, es muy importante asistir a los pobres corporalmente; pero la verdad es que no ha sido nunca ése el plan de Nuestro Señor al hacer vuestra Compañía, cuidar solamente de los cuerpos; porque no faltarán personas para ello. La intención de Nuestro Señor es que asistáis a las almas de los pobres enfermos, y por eso tenéis que reflexionar dentro de vosotras mismas...*» (San Vicente, 11 de noviembre de 1657, Servicio de los enfermos, cuidado de la propia salud, IX/2, 916-917).

Una vida fraterna configurada con Cristo servidor

En efecto, desde los comienzos, el servicio corporal y espiritual han estado relacionados, humanización y evangelización caminan juntas. Somos tanto más conscientes de que el mundo se mueve, y de que los valores cristianos a menudo están ahogados, de que la dignidad de los más débiles es constantemente vulnerada y de que nuestra responsabilidad se encuentra aún más interpelada. La misión, efectivamente, antes de caracterizarse por las obras exteriores, consiste en hacer presente en el mundo al mismo Cristo a través de nuestro servicio. He aquí el desafío, cuando más nos dejemos configurar con Cristo servidor, más lo haremos presente y activo en el mundo para la salvación de los pobres. Nuestra vida será tanto más misionera y atrayente cuanto más interior sea el don de nosotras mismas a Dios, y cuanto más fraterna sea nuestra vida comunitaria.

«Habéis dejado vuestro pueblo, vuestros parientes y vuestros bienes; ¿y para qué? para seguir a nuestro Señor y sus máximas. Sois hijas suyas y él es vuestro Padre; os ha engendrado y os ha dado su espíritu; el que viese la vida de Jesucristo vería sin comparación algo semejante en la vida de una Hija de la Caridad». (San Vicente, 9 de febrero de 1653, Sobre el espíritu de la Compañía, IX/1, 534)

Para hacer esto, evidentemente se requieren disposiciones de apertura y de acogida. Es necesario abrir el corazón a los consejos interiores del Espíritu, que invita a captar en profundidad los designios de la Providencia. Sí, el Espíritu Santo nos invita a elaborar hoy nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy, «¿Qué haría Jesucristo?», a buscar, en todo, la voluntad de Dios, para traducir con valentía y audacia compromisos y prioridades misioneras que estén de acuerdo con nuestro carisma y con las exigencias de las situaciones concretas.

«Del Hijo de Dios aprenden las Hijas de la Caridad que no hay miseria alguna que puedan considerar como extraña a ellas. Cristo interpela continuamente a su Compañía a través de sus hermanos y hermanas que sufren, de los signos de los tiempos, de la Iglesia. Múltiples son las formas de pobreza, múltiples también las formas de servicio, pero uno solo es el amor que Dios infunde en las que ha «llamado y reunido». (C. 11a).

Una vida fraterna abierta a todos

Así pues, una Comunidad fraterna se manifestará por la acogida, por el acompañamiento de los pequeños y de los marginados, por una disponibilidad itinerante. Una comunidad fraterna abierta y acogedora irradiará la alegría de la fe, porque la acogida es uno de los signos de una comunidad viva. Esto implica tener un corazón abierto para estar disponible, para acompañar verdaderamente a nuestros hermanos y hermanas que sufren en sus realidades de pobreza, para devolverles la esperanza.

Una comunidad con el corazón abierto, con las puertas abiertas, está atenta a todos los tipos de pobrezas. En este sentido, el Papa Francisco nos exhorta a ir a las periferias existenciales allí donde hay sufrimiento, soledad, miseria humana. Jesús nos espera en el corazón de tantas personas rotas y heridas por la vida. Podríamos decir que es para nosotros una «vacuna de recuerdo» a la manera de san Vicente, que incitaba con fuerza a sus hijas a buscar «a los más pobres y abandonados» (San Vicente, enero 1657 Sobre el amor a los pobres, XI/3, 273), y por su parte, santa Luisa las animaba: «¡Ah! ¡qué dicha si la Compañía, sin ofensa de Dios, no tuviera que ocuparse más que de los pobres desprovistos de todo!» (Santa Luisa, p. 826, Inconvenientes para la Compañía, 1660, E. 108 (A 100); C.11b p. 32).

Una vida fraterna expresión de la ternura de Dios

Está claro que nosotras estamos llamadas a descubrir sin cesar a Jesús en el rostro de los pobres y a ser la ternura de Dios para cada uno. «El Hijo de Dios nos invitó a la revolución de la ternura» nos recuerda el papa Francisco (*Evangelii Gaudium*, n° 88), el mismo eco de nuestra Fundadora «*Qué razonable sería que aquellas a las que Dios ha llamado a seguir a su Hijo intentaran que su vida fuera una continuación de la suya*». (LM, 369 «*Prier avec Louise de Marillac* » Elisabeth Charpy, p.77)

Así, estamos llamadas permanentemente a desarrollar esa mirada de fe para descubrir a Jesús en el pobre «*servimos a Nuestro Señor sirviendo a los pobres*» (LM, 313 «*Prier avec Louise de Marillac*» Elisabeth Charpy, p.64) y para imitar a Jesús en sus actitudes «*a imitación de Jesucristo, tened gran compasión de los pobres enfermos que sufren mucho sin asistencia*» (LM, 800 «*Prier avec Louise de Marillac*» Elisabeth Charpy p.61). ¡Un doble movimiento, pero un solo amor!

Nuestra misión es la prolongación de la de Jesús, manifestación del amor, de la caridad. Las actitudes fundamentales que se derivan son múltiples y las conocemos: ternura, cordialidad, dulzura, bondad, afecto, devoción... santa Luisa las resumía en una corta fórmula «*amar tiernamente, respetar fuertemente*». Ciertamente, nuestro servicio sin el respeto correría el riesgo de ser sentido como aplastante, como despectivo; mientras que la caridad es esta atención incondicional a los más pobres.

Y podemos añadir hoy con el Papa, «Lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro considerándolo como uno consigo... sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación» (*Evangelii Gaudium*, 199).

Para afrontar este tercer desafío, nuestra vida fraterna implica relaciones impregnadas de una fe viva; porque el amor por cada uno es, en Cristo, el signo del amor de Dios por la humanidad. Atañe al servicio corporal y espiritual. En efecto, en el servicio auténtico de la caridad, lo que está en juego es la visión del hombre, que no podemos reducir a un solo aspecto, puesto que toca a todo el ser humano como hijo de Dios creado a su imagen. «*Servís a Jesús sirviendo a los pobres*». Estamos convencidas de que los pobres son, ante todo, personas, y en su rostro se esconde el de Cristo. Ellos son «su carne», signos de su cuerpo crucificado, decía también el papa Francisco. Éste es verdaderamente el corazón de nuestro carisma.

Una vida fraterna en la que el servicio amoroso a los más frágiles está en el centro, en la que la inquietud por su promoción integral es incondicional, en la que una cercanía auténtica es sinónimo de fraternidad, esta vida fraterna que irradie el respeto por la dignidad del más humilde, ¿no sería luminosa y atrayente?

Preguntas

- Actitud de sierva y fraternidad auténtica con los más frágiles: ¿cómo las vivimos? ¿Nuestra vida fraterna engendra esta cercanía a todos?
- ¿La calidad de nuestra vida fraterna es reveladora de un Dios que ama a cada uno y que no deja que ninguno se pierda?
- ¿Nuestra vida fraterna es un lugar de revitalización, de interpelación y de envío, renovado en la alegría, a aquellos que Dios nos confía?

IV - UNA VIDA FRATERNA DINAMIZADA POR EL ESPÍRITU DE LAS BIENAVENTURANZAS, MISTERIO DE SANTIDAD

4º desafío: para que nuestra vida fraterna dé testimonio de la fuerza transformadora de la Buena Nueva y sea atrayente y luminosa, esto supone estar animadas, dinamizadas, por el espíritu de las Bienaventuranzas.

Como para los precedentes desafíos, es bueno referirse a un texto de base para fundar nuestra reflexión. Cito *Vita consecrata*: «... Las comunidades de vida consagrada son enviadas a anunciar con el testimonio de la propia vida el valor de la fraternidad cristiana y la fuerza transformadora de la Buena Nueva, que hace reconocer a todos como hijos de Dios e incita al amor oblativo hacia todos, y especialmente hacia los últimos. Estas comunidades son lugares de esperanza y de descubrimiento de las Bienaventuranzas; lugares en los que el amor, nutrido de la oración y principio de comunión, está llamado a convertirse en lógica de vida y fuente de alegría» (*Vita consecrata*, 51).

Este 4º desafío, ¿no va a ser el test de la autenticidad de nuestra vida fraterna?, puesto que estamos llamadas a ser esos lugares de esperanza y de descubrimiento de las Bienaventuranzas según nuestro carisma. Vivir esta fraternidad que irradia ya un poco de esta felicidad de la que hablan las bienaventuranzas; la felicidad, la del Evangelio. Una vida fraterna que es camino de felicidad prometido por Jesús «dichoso el que...».

Vida fraterna, camino de felicidad

Al proclamar las Bienaventuranzas, Jesús nos invita a recorrer con Él el camino del amor, como ya hemos dicho. Él nos promete su gracia si abrimos nuestro corazón. Él nos da la gracia de experimentar una paz y una alegría que solo Dios, Amor infinito, puede darnos.

¿No es lo que san Vicente decía a las primeras Hermanas a partir de 1634?: «... *Nuestro Señor nos lo ha prometido, cuando estéis varios con el mismo designio de servir a Dios, mi Padre y yo vendremos a poner nuestra morada en ellos, si ellos nos aman ... Veamos pues, mis queridas hijas, de qué manera tenéis que pasar las veinticuatro horas que forman la jornada, lo mismo que las jornadas forman un mes, y los meses los años, los cuales os conducirán hasta la eternidad*» (San Vicente, 31 de julio de 1634, Explicación del reglamento, IX/1, 21-22).

La eternidad, ¿no es esta felicidad que Jesús nos promete en las bienaventuranzas? Esta felicidad nos pone en marcha, como acabamos de escuchar «... *veamos de qué manera tenéis que pasar las veinticuatro horas que forman la jornada, etc... las cuales os conducirán hasta la eternidad*». ¿No es una manera de indicar a las primeras Hermanas su camino de santidad?

- Entonces, hagámonos la pregunta: **nuestra vida fraterna, ¿se inscribe en esta marcha hacia la santidad?**
- **¿Cómo ponemos en práctica lo que Jesús declara en el sermón de las Bienaventuranzas, puesto que a través de ellas se dibuja el rostro de Jesús que estamos llamadas a revelar en lo cotidiano de nuestras vidas?**

Vida fraterna, camino de santidad

La vida fraterna es para nosotras camino de santidad. Hoy en día, el Papa Francisco nos indica referencias «Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad» (*Gaudete et exultate*, 15). Ser pobre de corazón, esto es santidad (*Gaudete et exultate*, 70). Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad (74). Saber llorar con los demás, esto es santidad (76). Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad (79). Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad (82). Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad (86). Sembrar la paz a nuestro alrededor, esto es santidad (89). Aceptar cada día el camino del Evangelio, aunque nos traiga problemas, esto es santidad (94). Nos hace falta

un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor. De este modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación (31). Creeríamos oír a san Vicente, ¿no es verdad?

Así pues, las Bienaventuranzas nos ponen en marcha, **personalmente pero también comunitariamente, hacia esa verdadera felicidad que nos promete Jesús**. Ellas trazan una vía de acceso a la felicidad completamente singular y paradójica. Como lo expresa tan claramente la pastor Leïla Hamrat “a nuestro apetito de riqueza, ellas oponen la pobreza, a nuestra agresividad, la mansedumbre, a nuestra sed de disfrute, la paciencia y el amor por la justicia, a nuestra dureza, la misericordia, a nuestra inclinación al mal, la pureza de corazón. Porque hemos puesto nuestra vida entre las manos de Dios, la felicidad cesa de ser ausencia de desdicha para llegar a ser transfiguración de la desdicha. La felicidad cesa de ser lo que se conquista para llegar a ser lo que se recibe. La felicidad no reside ya solamente en el hecho de ser Feliz en el mundo, sino en el gesto de hacer al mundo Feliz. La felicidad no está en la acumulación de placeres en la vida, sino en un placer de vivir. Finalmente, la felicidad de las Bienaventuranzas se alimenta de promesas de felicidad. Así pues, dichosos aquellos cuya vida va en este sentido “Estad alegres y contentos porque vuestra recompensa será grande en el cielo”.

Las bienaventuranzas nos ponen en marcha, pero a través de ellas descubrimos el rostro de Jesús que estamos llamadas a revelar en lo cotidiano de nuestras vidas. La palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santo», dice también el papa Francisco, porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha (64), y añade: «las Bienaventuranzas de ninguna manera son algo liviano o superficial; al contrario, ya que solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo». (65)

Esta radicalidad a la que estamos llamadas, personalmente pero también juntas, atraviesa toda nuestra vida, llega a lo más profundo de nuestro don total a Dios. Si tenemos una vida fraterna animada por el espíritu de las bienaventuranzas, nos animaremos a dar lo mejor de nosotras mismas, a ir con audacia a contracorriente de las ideologías que circulan, a resistir a la superficialidad, a asumir nuestras responsabilidades y a afrontar los grandes desafíos de la vida. *«Que sea del agrado de Nuestro Señor Jesucristo comunicarnos su Espíritu, y así nos veamos tan llenas de El que ya no podamos decir ni hacer nada que no sea por su gloria y su santo Amor»*. (Santa Luisa, 19 de mayo de 1651, a mi querida Sor Juana Lepintre, C. 359)

Vida fraterna a contracorriente

Una vida fraterna dinamizada por el espíritu de Cristo, el de las bienaventuranzas, suscita humildad, mansedumbre, generosidad, disponibilidad, audacia, e irradia una vida fraterna transformada, transfigurada. Lo que implica estar a contracorriente de lo que promueve la mentalidad individualista moderna. Porque, como nos dice también el Papa, la dimensión comunitaria es una gracia que puede conducir hasta el don de la propia vida, podemos pensar en nuestras Hermanas mártires en la Compañía... La comunidad está lejos de ser un lugar para estar tranquilas, un medio para ser más eficaces en el apostolado, como pueden pensar algunas personas, sino, como subraya el santo Padre, el lugar del sacrificio de la propia vida y de la presencia de Cristo: «La comunidad está llamada a crear ese «espacio teológico en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado». Compartir la Palabra y celebrar

juntos la Eucaristía nos hace más hermanas y nos va convirtiendo en «comunidad santa y misionera» (Gaudete et exsultate, 142).

Así pues, la vida fraterna a la luz de las bienaventuranzas supone una vigilancia, un combate, una lucha, no solamente contra nuestras propias fragilidades y límites, un ambiente consumista... sino también contra el Maligno, como le llama Jesús, que busca sin cesar desmovilizarnos, que nos demos por vencidas, sembrar la turbación, la confusión, el rechazo... Pero no me extendiendo en este combate espiritual que ya he evocado en los desafíos precedentes. Sin embargo, hoy más que nunca tenemos una necesidad imperiosa de discernimiento para no extraviarnos en callejones sin salida siempre nuevos.

Vida fraterna y nuestros Maestros los pobres

La vida fraterna a semejanza de los pobres. Si somos humildes y atentas, como decía la Madre Guillemin en su Circular del 2 de febrero de 1968: «*Los pobres nos enseñan sin palabras la hermosa sencillez, la verdadera pobreza, a compartir lo poco que tienen, la solidaridad y tantos otros signos del trabajo de Dios en sus almas. Pongámonos a la escucha de nuestros hermanos los Pobres, nuestros Maestros espirituales. La enseñanza de su vida, tan próxima al Evangelio, es una de las gracias más grandes de nuestro estado*».

Recientemente, el papa Francisco llamaba la atención de los jóvenes en el mismo sentido «los pobres no sólo son personas a las que les podemos dar algo. También ellos tienen algo que ofrecernos, que enseñarnos. ¡Tenemos tanto que aprender de la sabiduría de los pobres!» (*Mensaje del Papa Francisco para la XXIX Jornada Mundial de la Juventud 2014*)

Vida fraterna y colaboración misionera

La colaboración fraterna tanto en el interior como en el exterior de la comunidad es camino de santidad. Es Dios, el primero, el que nos ha llamado a colaborar con Él y nos estimula sin cesar en esta dinámica misionera. La colaboración atraviesa todas las dimensiones de nuestra vida, conduce a una complementariedad recíproca, a la unidad en la diversidad de los dones que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones. «Los retos de la misión son de tal envergadura que no pueden ser acometidos eficazmente sin la colaboración, tanto en el discernimiento como en la acción, de todos los miembros de la Iglesia» (*Vita consecrata* 74). Esta colaboración implica un compromiso mutuo permanente, en el que cada una da y recibe, poniendo al servicio de todas cuanto es y cuanto tiene (C. 32b), pero también, una colaboración con todos los actores que trabajan en favor de la defensa y de la reinserción de los más frágiles. «Estamos invitados a aprender el difícil arte de la relación con el que es diferente y de la colaboración cordial para construir juntos» (CIVCSVA, 29 de junio de 2016, *Anunciad*, 73)

Así pues, una vida fraterna dinamizada por las bienaventuranzas se inscribe muy naturalmente en este proceso de colaboración en el que cada uno encuentra su lugar, incluyendo a los más humildes. ¿No es esto un comienzo de la felicidad prometida? Colaboración tanto en el interior como en el exterior, sinónimo de ayuda mutua en la que la confianza interpersonal es la palabra clave. «Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). Sabemos que la colaboración se inscribe en la línea directa de

nuestros orígenes; el año de la colaboración vicenciana ha sido la ocasión de reafirmarlo y de relanzarnos en esta dinámica ligada a nuestra familia espiritual. ¿Dónde nos encontramos? La memoria de los orígenes puede reactivar nuestra confianza en el poder del Espíritu: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda» (Hch 3, 6).

Afrontaremos este 4º desafío por medio de una vida fraterna que dará testimonio de esta fuerza transformadora de la Buena Nueva, de una caridad sin fronteras, ella irradiará una felicidad que viene de fuera, « ¡Felices vosotros si lo hacéis así!» Las Bienaventuranzas serán nuestros «*odres nuevos*» que orientan sin cesar nuestra relación con Dios, con los bienes materiales, con los demás y especialmente con los pobres. Una vida fraterna en la cual la imitación de Cristo y el amor a los pobres son indisolubles, como las dos caras de una misma medalla. ¿Cómo no sería esta vida fraterna un testimonio atrayente y luminoso?

Algunas preguntas:

- ¿Nuestra vida fraterna está en consonancia con el espíritu de las bienaventuranzas?
- ¿Qué relaciones hay entre la vida fraterna y nuestros votos?
- ¿Nuestras comunidades son «cenáculos de fraternidad» en las que los jóvenes pueden descubrir e interrogarse sobre su vocación?

A modo de conclusión

Me gustaría decirles, siguiendo las huellas de nuestra Fundadora «Pidan mucho a la Santísima Virgen que sea Ella su única Madre». Porque una vida fraterna en la que la Virgen María es reconocida como tal, es una bendición. Como una Madre, Ella nos educa en la fe, la esperanza y el amor, y nosotras irradiamos juntas la ternura de Dios. No tengamos miedo a pedirle que haga de nuestras comunidades pequeños «cenáculos de fraternidad», así nuestro testimonio será atrayente y luminoso. Sí, volvámonos hacia Ella con confianza, Ella está ahí para acompañarnos, para ayudarnos en este camino exigente pero luminoso de la fraternidad. Ella está cerca de nosotras, cerca porque está en comunión permanente con la Voluntad de Dios «dichosa Tú que has creído en las palabras que te fueron dichas de parte del Señor» Cerca de nosotras porque se preocupa de los otros «¡ya no tienen vino!» «Haced lo que Él os diga». Cerca de nosotras porque vive las bienaventuranzas «feliz la que escucha la palabra de Dios y la pone en práctica». Tan cerca, que podemos pedirle con el papa Francisco ([Plaza de San Pedro, 31 de mayo de 2013](#)):

*María, mujer de la escucha, haz que se abran nuestros oídos;
que sepamos escuchar la Palabra de tu Hijo Jesús entre los miles
de palabras de este mundo;
haz que sepamos escuchar la realidad en la que vivimos,
a cada persona que encontramos, especialmente a quien es
pobre, necesitado, tiene dificultades.*

*María, mujer de la decisión,
ilumina nuestra mente y nuestro corazón, para que sepamos obedecer a la*

*Palabra de tu Hijo Jesús sin vacilaciones;
danos la valentía de la decisión, de no dejarnos arrastrar
para que otros orienten nuestra vida.*

*María, mujer de la acción,
haz que nuestras manos y nuestros pies se muevan «deprisa» hacia los demás, para
llevar la caridad y el amor de tu Hijo Jesús, para llevar, como
Tú, la luz del Evangelio al mundo. Amén.*

Sor Antoinette-Marie HANCE
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Amazonia (Brasil)

En Amazonia, ayudar a los pobres durante la Pandemia de 2020

Las 20 Comunidades de las Hermanas de la Provincia de Amazonia están situadas en tres de los estados del norte de Brasil: Amazonia, Pará y Roraima. Aquí, los pueblos indígenas están sin defensa frente al furor destructor del virus covid-19. La gente que puede va a los hospitales de las capitales: Manaus, Belém y Boa Vista, para recibir atención médica.

El primer efecto de la pandemia de covid-19 sobre la población es el del hambre. Desde la llegada del virus, los más pobres, habituados al trabajo cotidiano, se encuentran sin salario y por lo tanto no pueden comprar comida. El otro efecto dramático es la desesperanza de numerosas familias que ven morir a sus seres queridos casi sin ninguna ayuda.

Teniendo en cuenta la recomendación de las autoridades sanitarias brasileñas de guardar un aislamiento social, las Hermanas ayudan, según sus posibilidades allí donde están, tratan de responder a las necesidades más fundamentales: alimentos, atenciones sanitarias, medicamentos; y, para las familias que no tienen ingresos, ellas pagan las facturas del alquiler, el gas, la electricidad y el agua. A pesar del miedo al contagio, siempre encuentran «ángeles de la guarda» para ayudarles a realizar las entregas allí donde ellas no pueden ir. ¡A Dios gracias!

En Cametá, ciudad del estado de Pará, a 236 km. de la capital, Belém, tenemos un Centro hospitalario y una maternidad. Este establecimiento de salud, en colaboración con el gobierno municipal, asiste a la población de las zonas rurales muy alejadas de la capital y les ofrece atenciones de complejidad media y las Hermanas se dedican a los enfermos y a las madres. Desgraciadamente, asistimos, como en todo el país, al hundimiento del sistema sanitario. La organización de la atención sanitaria en Amazonia siempre ha sido precaria, porque cada año, de forma cíclica, se debe hacer frente a otras epidemias. Así pues, la epidemia del coronavirus ha venido a añadirse a un sistema sanitario estructuralmente muy frágil. En estas condiciones, el sistema sanitario se ha vuelto inexistente y es imposible hacer frente a una pandemia de este tipo. Y nosotras nos sentimos verdaderamente impotentes. Los enfermos de coronavirus reciben los primeros cuidados del equipo sanitario del centro hospitalario, después vuelven a sus casas con medicamentos y consignas que hay que seguir durante el tiempo de su enfermedad. Pero los fallecimientos son numerosos y sentimos la tristeza y la cólera de las familias ante esta pandemia.

Otra acción que llevamos, en colaboración con la Familia Vicenciana de Belém, es el apoyo a los ancianos de la Casa «San Vicente de Paúl». Esta institución, muy antigua, está administrada por la AIC de Belém. Los residentes son muy pobres y no tienen medios económicos; pero en este periodo de crisis sanitaria y económica, las donaciones son cada vez más escasas y esto hace que la situación sea dramática.

También hemos contribuido al servicio a las personas sin hogar y a los toxicómanos. Dos Congregaciones religiosas tienen una Asociación llamada « Niños de Belém » que ayuda a las personas que viven en la calle y a los que no tienen ni recursos ni alojamiento y que necesitan ser atendidas. Ahora bien, debido a esta pandemia, el número de personas en la calle no cesa de crecer en Belém. Por eso hemos participado en la reparación de dos automóviles de la Asociación con el fin de utilizarlos para la colecta de dones materiales y de alimentos. Asimismo hemos acondicionado una casa antigua para alojar a las personas sin hogar y ampliado los espacios de acogida de la Asociación con una pequeña reserva de alimentación y de medicamentos.

Desde el comienzo del confinamiento obligatorio, ya no había mascarillas en los comercios para que las personas pudieran protegerse. Entonces, las Hermanas tuvieron la iniciativa de confeccionar ellas mismas mascarillas para dárselas gratuitamente a los pobres: en primer lugar a las personas sin hogar, después a todas aquellas que las necesitaban.

Rezamos todos los días por los enfermos afectados por este virus así como por sus familias, los equipos sanitarios en los hospitales y todos aquellos que han perdido a uno de los suyos durante esta cruel pandemia. ¡Que el Buen Dios nos proteja!

Sor Anagilsa SAMPAIO BENTES
Hija de la Caridad

DIOS MÍO, ME OFREZCO A TI.
DESEO SER TUYA, OH MI DIOS,
HAZ DE MÍ LO QUE TE PLAZCA.
OH MARÍA, DAME TU AMOR.
SIN TI PEREZCO, SÁLVAME.
CONCÉDEME TODAS LAS GRACIAS
QUE ME SON NECESARIAS.

SANTA CATALINA LABOURÉ

AUTÓGRAFO 448